

# LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Atoala, 23, Madrid.

Madrid, 14 de Octubre de 1892.

Año LI.—Núm. 38.

## SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellano.—Explicación de los grabados.—Prácticas sociales, continuación, por D. Salomé Nuñez y Topete.—Curtas a una madre, por D.ª María del Pilar Simón.—El número tres, conclusión, por D.ª A. Herrill.—Amatista, por D.ª Antonia Opisso.—Los calcetines azules y blancos, por D.ª Emilia de V. —Cuestiones trascendentales. (Final de la cuestión y de las cuestiones), poesía, por D. Felipe Pérez y González.—Correspondencia particular, por doña Adela P.—Explicación del figurin iluminado.—Sueltos.—Adivinencias.—Solución al jeroglífico del núm. 33.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS.—1 y 2. Traje de recepción.—3 y 4. Bata para señoras.—5 a 8. Grupo de lencería.—9. Fichú de encaje de Venecia.—10. Girón-corsé de lencería.—11. Peinador de percal.—12 y 13. Golas postizas.—14. Saco-rídículo para pañuelo y gemelos.—15 a 17. Camisas de vestir.—18. Traje para jóvenes de 15 a 16 años.—19 y 20. Vestido para jovencitas de 15 años.—21. Vestido de luto para señoras.—22 y 23. Vestido para jovencitas de 14 años.—24. Abrigo de luto para niñas de 10 a 12 años.—25. Traje de paseo para señoras jóvenes.—26 y 27. Trajes de visita.—28 y 29. Trajes de calle.—30. Abrigo de entretiempo.—31 y 32. Vestido para niñas de 12 años.—33 y 34. Abrigo para niñas de 12 años.—35. Traje de luto para señoras.—36 y 37. Traje para señoras de ciudad.—38. Traje de paseo.

## REVISTA PARISIENSE.

### SUMARIO.

Bruscas variaciones de la moda.—Conveniencia de no apresurarse.—Modificaciones posibles.—Las faldas transformadas.—Un modelo elegante.—Traje de «Aiatardero». Telas nuevas.—Un sombrero para niñas.—Donde las toman las dan.—Lógica de un ratero.—Extraño concreto.

Las modistas están a punto de perder el juicio. Jamás ha pasado la moda por variaciones más repentinas. Hoy es una cosa, mañana es otra.

Apenas empezaban a llevarse los vestidos de estilo Imperio, cuando de repente se cambia de rumbo y de época. Ahora la moda parece fijarse en 1830, con sus mangas enormes de «gigote», sus faldas amplias, con todo ese carácter apacible y serio que tenían las modas de aquella época. ¡Con tal que no retrogrademos hasta el sombrero *cabriole!*

Sin embargo, no hay que exagerar nada. Que las modistas y modistos de fama ejecuten tal ó cual modelo tan luego como llega a sus oídos que una casa rival lo ha hecho ó piensa hacerlo, se comprende sin dificultad, porque es preciso dar satisfacción a cierta clase de clientela, ávida de novedades. Pero nosotras no tenemos las mismas razones para apresurarnos, y la sana razón nos aconseja que no nos precipitemos. Sabemos lo que se prepara, pero no tenemos ninguna necesidad de deshacer todo nuestro guardarropa para transformarlo con arreglo a unos modelos que nadie sabe si serán definitivos. Lo he dicho mil veces, y no me cansaré de repetirlo: las modas definitivas de cada estación no las decretan tal ó cual sastre célebre, sino las elegantes parisienses, y éstas se hallan aún, en su mayoría, ausentes de París.

Como la moda de las mangas diferentes del cuerpo vuelven a adoptarse, por lo que se ve, es muy fácil. mientras salen a luz los nuevos modelos, variar el carácter de un vestido reemplazando las mangas altas de hombros del año



1 y 2.—Trajes de recepción.

pasado con unas mangas anchas de terciopelo, bien alhucadas y montadas con muchos pliegues en los hombros.

Respecto á las faldas, el caso es más grave, pues han variado de carácter de un modo mucho más radical que los cuerpos. Tienen absolutamente la forma de un embudo, con mucho vuelo por abajo y unos pliegues que flotan figurando cañones de órgano. Llevan un delantal separado del resto de la falda y unos paños á lo largo ó al través. A veces, la orilla del paño de detrás de la falda toca al delantal, y otras veces forma el borde de debajo, en cuyo caso la tela va puesta al través. Todo esto se combina según el género de tejido, su disposición y su ancho.

Para las telas estrechas se ponen unos adornos destinados á cubrir las costuras, ó bien se hacen varios pliegues de conculgantes á ciertas alturas.

He visto una falda de raso negro guarnecida en el borde inferior y á media falda con un entredós de guipur negro, de 20 centímetros de alto, puesto de plano sobre la falda. Los vestidos así transformados ofrecen un aspecto enteramente nuevo, y se necesitará algún tiempo para que todo el mundo pueda acostumbrarse á esta moda, que ocasionará bastantes gastos.

Para las faldas de que acabo de hablar se fabrican unas telas brochadas de doble ancho, y se habla de rasos por el mismo estilo: es casi una revolución.

He aquí un vestido de este género hecho de paño «Isabel» y adornado con un bordado estrecho de seda en el borde inferior y dos aros de pliegues. El cuerpo, redondo por detrás y remetido en la falda, va cruzado por delante para abrirse en el lado izquierdo. Va muy abierto, con solapas de terciopelo color de granada, sobre un camisón de *surah* maravilloso color de paja, montado en el cuello con fruncidos. Las mangas son verdaderos globos aerostáticos, con volantes de encaje y mangas inferiores bordadas como la falda.

No es menos lindo y original este otro traje «Alabardero», de una especie de bengalina gris plata. La falda va guarnecida de cinco pliegues un poco anchos. Según el patrón que se adopte, se puede hacer la falda con un dobladillo muy ancho hasta la altura del primer pliegue. Todos los demás pliegues consistirán en unas tiras de tela doble añadidas sobre el forro. Lo mismo se hará en el cuerpo, que irá cerrado por detrás, y otro tanto en las mangas. De esta suerte no se ven los puntos del pliegue, reduciéndose éste, en el cuerpo y las mangas, á unas tiras añadidas sobre un forro de tafetán de Florencia. Una cinta de raso rodea la cintura.

Las telas gruesas y de mucho abrigo, á juzgar por su aspecto, son las que más se llevarán, como telas de lana, diagonales, vigonias, tejidos nevados, y, sobre todo, en lana, lo mismo que en seda, muchos escoceses.

Pero lo que lo domina todo son unos terciopelos de cordoncillo, que dejan ver, como bajo un velo, en el fondo de sus cordoncillos, un reflejo de dibujo escocés. No hay nada más lindo que esa tela. Por el revés se asemeja a un escocés con sus colores muy vivos y visibles, y por el derecho es un aterciopelado profundo, suave, delicado, en el fondo del cual se ven unas rayas que dan la impresión de los cuadros escoceses. Mas no es posible dar una idea exacta de lo que en esta tela singular. Basta decir que es sin disputa la más linda novedad de la estación.

Los terciopelos tornasolados, matizados como el ópalo, se emplearán mucho para vestidos, abrigos y sombreros. No se habla de otra cosa: es un furor.

Véase este sombrero para niñas, hecho de terciopelo som-



breado color de musgo y color de ladrillo. Como adorno, un lazo grande de cinta de piel de seda color de ladrillo.

Para este género de lazos se emplean mucho unas cintas de terciopelo escocés, que producen un efecto maravilloso. De hoy en adelante las noticias van á abundar, y cada una de mis revistas registrará fielmente todos los caprichos de la tiránica moda.

—Hace algún tiempo que un pintor célebre mandó llamar á un médico bastante reputado.

—¿Qué hay, mi querido maestro?

—Le diré á usted: mi perro se ha roto una pata, y como yo lo quiero mucho, no me he atrevido á confiarlo á un simple veterinario.

El médico no pestótea, examina la fractura y cura al animal.

Ocho días después, el pintor recibe del médico un telegrama dándole cita para un asunto urgente. El pintor acude al llamamiento.

—¿Qué ocurre, mi querido doctor?

—Le diré á usted: la puerta de mi despacho está un poco sucia... Y como es una puerta que me interesa mucho, no me he atrevido á confiarla á un simple pintor de puertas y ventanas.

—Acusado, ¿confiesa usted haber burldado varias botellas de vino del escaparate del querellante?

—Sí, señor juez; pero creía estar en mi derecho.

—¿Cómo se entiende?

—Claro es; había en el escaparate un letrero que decía:

*Buen vino para llevarse.*

El noble Marqués de B... que frisa en los setenta, se ha sentido de repente rejuvenecer al sol de los hermosos ojos de una niña de diez y ocho años.

Y ayer la ofrecía su mano en los siguientes y poco vulgares términos:

—Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de ser mi viuda?

Paris, 8 de Octubre de 1892.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

### Trajes de recepción.—Núms. 1 y 2.

*Núm. 1.* Vestido de paño verde, guarnecido de seda verde claro y de una chaquetilla Figaro de paño de oro cubierto de pasamanería negra. Falda funda, ribetada de un torzal de seda verde claro, rodeado de un hilo de oro. Cuerpo formado camisa, de seda verde, remetido en la falda, con espalda y delantero de una sola pieza, fruncidos en el escote y estrechados en la cintura con un cinturón-faja de seda verde, que termina en dos caídas sobre el lado izquierdo. El forro del cuerpo se compone de una espalda ceñida y un delantero con pinzas, cerrado en medio. Cierre invisible en la camisa. Manga ajustada, de paño, y manga alhucada, de seda verde. Chaquetilla Figaro de paño oro, cubierta enteramente de pasamanería. Delanteros cortos y abiertos, con cuello vuelto de paño oro. Manga corta de paño, cubierta de pasamanería. Cuello alto de seda clara en la camiseta.

*Tela necesaria:* 3 metros 75 centímetros de paño verde; 80 centímetros de paño de oro, y 5 metros 50 centímetros de seda verde.

*Núm. 2.* Vestido de piel de seda negra brochada de rosas. Este vestido va adornado de encaje negro sobre viso de raso color de rosa y un torzal de cinta verde. Cuerpo terminado en puntas, y compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros escotados, plegados y cruzados en forma de fichú sobre un delantero de encaje puesto sobre viso de color de rosa y añadido sobre el forro del delantero, que se cierra en medio y se ajusta con pinzas. Semitirantes de cinta, fijados con lazos que atraviesan el delantero. Cuello alto de cinta. Manga ajustada de raso color de rosa y encaje, y manga alhucada de tela brochada. Lazo de cinta en la manga y en el cruce de la cintura.

*Tela necesaria:* 12 metros de seda brochada, 6 metros de volante de encaje, y 2 metros 75 centímetros de raso color de rosa.

### Bata para señoras.—Núms. 3 y 4.

Se hace esta bata de paño blanco y encaje blanco, y se la adorna con cinta de terciopelo verde cardonillo y castor claro. Espalda Princesa, con centro que da el vuelo de la falda. Delanteros con una pinza y otra pinza que marca el lado, cuyos delanteros van abiertos sobre un delantero blusa de encaje montado sobre un delantal de tafetán crema con delantero de corpiño cerrado en medio, ajustado con una pinza y añadido á la bata en las costuras de los hombros y de debajo de los brazos. Un volante de encaje adorna el borde de la falda. Blusa estrechada en la cintura con un cinturón de terciopelo que atraviesa el delantero y pasa bajo la espalda Princesa. Cuello de cinta y encaje. Mangas de encaje á la religiosa, adornadas con lazos de terciopelo.

*Tela necesaria:* 5 metros 50 centímetros de paño blanco.

### Grupo de lencería. Núms. 5 á 8.

*Núm. 5.* Cubrecorsé de *surah* color de rosa. Dos entredoses y un encaje *torchon* adornan la parte superior. Una cinta cometa va pasada por los entredoses y forma jareta. El pecho va guarnecido de una hilera de calados. Mangas bullonadas, terminadas en un encaje.

*Núm. 6.* Camisa de dormir de *surah* color de rosa. Toda la parte superior va formada de entredoses y tablitas. Una línea de calados rodea la guarnición. Cuello bordado, por el cual se pasa una cinta cometa con lazo flotante. Un encaje sujeto con lazos flotantes forma chorrera. Mangas adornadas con entredoses y encaje. Lazo de cinta por delante.

*Núm. 7.* Camisa de vestir de *surah* color de rosa con entredoses en dos hileras. El borde superior va adornado con un encaje *torchon*. Una cinta-cometa va pasada por los pespunteos en la cintura.

*Núm. 8.* Pantalón de *surah* color de rosa. La parte inferior va adornada con dos entredoses y un encaje *torchon*. Dos ajustados, por los cuales se pasan unas cintas anudadas en el codo, sirven para formar el volante.

### Fichú de encaje de Venecia.—Núm. 9.

Va dispuesto en forma de una esclavinita abierta en punta en la espalda y por delante hasta la cintura. Un encaje igual ribetea el escote.

### Guardacorsé de batista.—Núm. 10.

Se le hace de batista fina y se le adorna con unas correas bordadas y un encaje, por el cual se pasa una cinta cometa.

### Peinador de percal.—Núm. 11.

Este peinador es de percal blanco, y va guarnecido á todo el alrededor de un bordado hecho sobre la misma tela. Las mangas y el cuello van adornados del mismo modo.

### Golas postizas.—Núms. 12 y 13.

*Núm. 12.* Gola de tul negro grueso, con cenefa satinada, cerrada con un lazo de cinta de raso negro.

*Núm. 13.* Esta gola, que es de seda negra, va montada sobre un canesú de tafetán, sobre el cual se montan al mismo tiempo tres esclavinitas. El escote se cierra con un lazo flotante de cinta ancha negra.

### Saco-ridículo para pañuelo y gemelos.—Núm. 14.

Es de raso rojo antiguo. Un fleco-bola de seda color de oro antiguo y un lazo de cinta punzó y oro antiguo adornan el saco.

### Camisas de vestir.—Núms. 15 á 17.

*Núm. 15.* Camisa de batista escotada en cuadro. Tablas formando pechera. Cinta de color de rosa pasada por la tela. Lazo flotante. Encaje de Valenciennes y festón con florecillas.

*Núm. 16.* Camisa de batista, guarnecida de encaje de Valenciennes en el borde y de tablitas en la pechera. Una cinta va pasada por la batista, y una corona con florecillas va bordada en medio del delantero.

*Núm. 17.* Esta camisa es igualmente de batista. Encaje de Valenciennes en el borde con festón bordado y florecillas. Cinta pasada por la tela. Lazo flotante.

### Traje para jóvenes de 15 á 16 años.—Núm. 18.

Vestido de sarga azul marino. Falda semicorta, adornada con un rizado de cinta azul marino, con varios de seda del mismo color por encima. La falda va fruncida por detrás y montada á un cuerpo plegado por delante y por detrás sobre una camiseta hecha de galones rusos. El escote va rodeado de un rizado de cinta. Cuello recto abrochado con corchetes en la espalda, así como el cuerpo. Cinturón plegado de seda azul marino, abrochado con corchetes bajo una cabeza fruncida. Manga recta que cae sobre una manga ajustada, guarnecida de galones rusos.—Sombrero de castor negro, adornado con cintas azules y alas azules y encarnadas.

### Vestido para jovencitas de 15 años.—Núms. 19 y 20.

Se hace este vestido de lana rayada color de madera y rojo, y lana lisa color de madera. Falda de lana rayada con pliegues gruesos, y cuerpo de lana lisa remetido en la falda, y compuesto de espalda de una pieza fruncida en la cintura y delanteros plegados en forma de fichú, abiertos sobre un peto de la misma tela añadido sobre el forro del delantero, que se cierra en medio y se ajusta con pinzas. Cinturón de gro, cerrado con una heñilla de plata que figura un ancla. Cuello grande vuelto de lana rayada. Manga alhucada de tela lisa con puño de tela rayada.

*Tela necesaria:* 3 metros 50 centímetros de lana rayada, y un metro de lana lisa.

### Vestido de luto para señoras.—Núm. 21.

Este vestido es de crepón inglés. Falda sesgada formando cola. Cuerpo ajustado con aldetas de frac por detrás y formando puño por delante. Mangas anchas por arriba y ajustadas por abajo.

### Vestido para jovencitas de 14 años.—Núms. 22 y 23.

Es de lanilla gris plata formando canutillo, y va guarnecido de guipur crema, de muselina *chiffon* del mismo color, y de cinta de raso gris. La falda cae sobre un volantito, y el cuerpo, de talle redondo, forma un corseillo de guipur. Camiseta de muselina fruncida en el escote y añadida sobre el forro del delantero. Cuello alto encajonado de muselina, y collar de cinta cerrado en medio de la espalda con un lazo flotante. Manga alhucada, con volante de guipur, y manga ajustada, guarnecida de un lazo y un brazalete de cinta.

*Tela necesaria:* 4 metros 50 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro 10 centímetros de muselina.

### Abrigo de luto para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 24.

Es de crepón de lana. La espalda va plegada en dos pliegues redondos, y la manga se pliega en los lados con dos plieguecitos que se pierden en la falda. Cuello de crepón y canesú de lo mismo.

### Traje de paseo para señoras jóvenes.—Núm. 25.

Vestido de seda negra guarnecido de un canesú cuadrado de guipur grueso, añadido sobre el forro del cuerpo, que va remetido en una falda-funda guarnecida de una *balayouse* de tafetán negro recortado. El cuerpo se compone de espalda y delantero de una pieza, con centro ancho fruncido en el escote y en la cintura. Una *ruche* de seda deshilachada adorna el escote y la manga corta. Segunda manga ajustada, con bocamanga en forma de embudo. Cierre invisible en el delantero de seda, y forro ajustado con pinzas. Cuello alto de guipur. Cinturón de cinta de gro.—Sombrero de castor verde. Saco-ridículo de seda guarnecido de guipur gruesa.

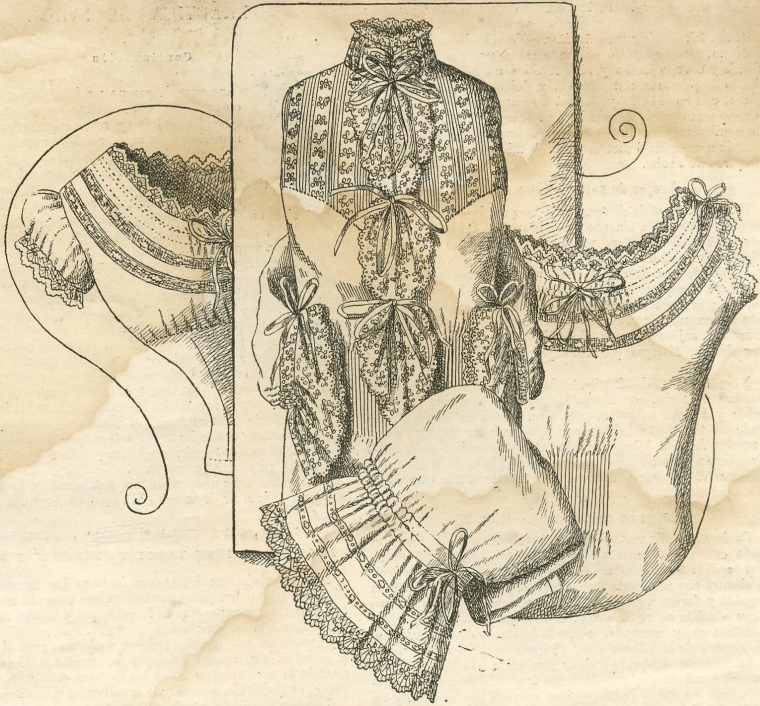
*Tela necesaria:* 13 metros de seda.

### Trajes de visita.—Núms. 26 y 27.

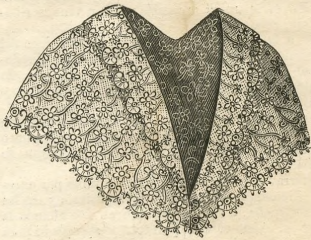
*Núm. 26.* Vestido de seda verde herro brochada de raso antiguo, guarnecido de guipur negro y terciopelo rojo antiguo.—Falda-funda y cuerpo remetido en la falda, con espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con vuelo en medio. Forro ajustado con pinzas. Cierre invisible en el delantero de seda. Chaquetilla de seda brochada, con espalda ceñida y delantero abierto, recortado por delante y guarnecido de un enello vuelto y de una solapa que cae sobre un volante de guipur, el cual forma una especie de esclavina corta. Cuello alto cubierto de guipur. Manga ancha por arriba y estrecha por abajo. Un bias de terciopelo ribetea la chaquetilla y forma un cinturón puntiagudo.



3 y 4.—Bata para señoras. Delantoro y espalda.



5 á 8.—Grupo de lencería.



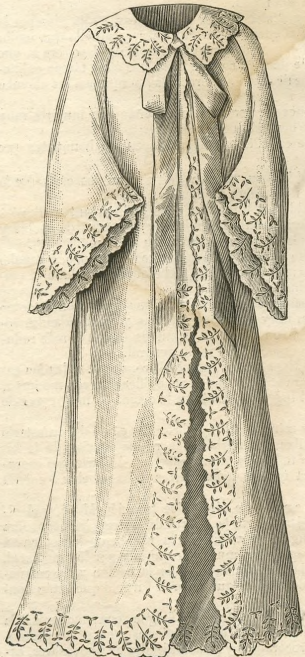
9.—Fichú de encaje de Venecia.



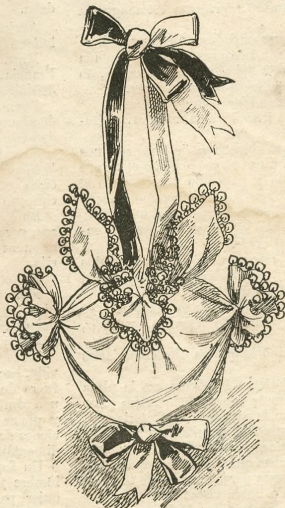
10.—Guardacorsé de batista.



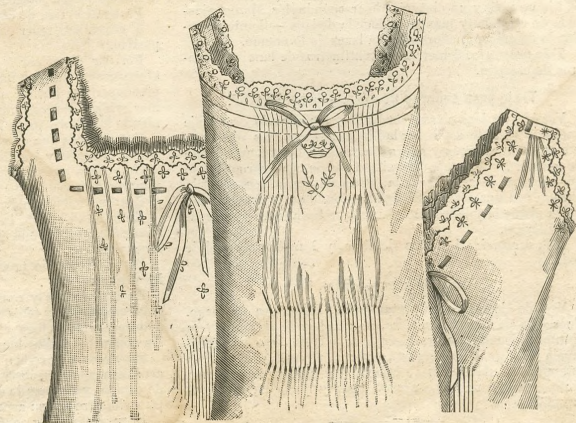
12 y 13.—Golas postizas.



11.—Poinador de percal.



14.—Saco-rídículo para pañeto y gemelos.



15 á 17.—Camisas de vestir.

*Tela necesaria:* 13 metros de seda y 50 centímetros de terciopelo.

Núm. 27. *Traje para señoritas.*—Vestido de cachemir azul antiguo, guarnecido de pasamanería negra y acero. Falda funda y cuerpo ancho y rematado en un cinturón alto rodeado de pasamanería. Espalda y delantero anchos de una pieza, con cuello alto y canesú de pasamanería calada formando una especie de pendientes. Mangas ajustadas y altas de hombros. Cierre invisible bajo el brazo izquierdo.

*Tela necesaria:* 6 metros de cachemir, de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Trajes de calle.—Núms. 28 y 29.

Núm. 28. *Vestido de terciopelo ruso verde.*—Falda de cola sesgada por detrás. Cuerpo rematado en la falda y ajustado por detrás. El delantero va guarnecido de una chaquetilla Figaro. Un cinturón de terciopelo forma punta por delante y se anuda por detrás, terminando en largas caídas. Una berta de encaje negro fruncida guarnece el delantero del cuerpo y los hombros, y va adornada con terciopelo negro, que forma unas escarapelas por delante y por detrás. Cuello frunció, sujeto con una cinta de terciopelo que se anuda por detrás. Mangas plegadas por arriba y ajustadas por abajo.

Núm. 29. *Vestido de rignia beige.*—Falda al sesgo. Chaqueta Directorio, con aldetas largas, muy ajustada en la espalda y abierta sobre un peto liso. Cinturón ancho y plegado de terciopelo heliotropo. Unas solapas de terciopelo, forradas de seda beige, caen formando cascada á cada lado. Tres botones de terciopelo adornan cada lado de la chaqueta Directorio. Mangas plegadas, terminadas en una cartera de terciopelo. Corbata de encaje blanco.

#### Abrigo de entretiempo.—Núm. 30.

Es de cachemir verde con reflejos sonrosados, y va adornado con guipur crema y cintas verdes. Cuerpo de levita, con espalda formando un encañonado de falda y sujeto en la cintura con una cinta que atraviesa la parte inferior de la espalda y forma un lazo. Delantero cerrado en medio, y capa larga añadida sobre la levita, abierta en la espalda y sobre el delantero, y montada, como la levita, sobre el borde de un canesú de la misma tela, plegado en pliegues de acordeón. Volante doble de guipur formando una esclavina escotada, montada con una cabecita fruncida de guipur, añadida bajo un torzal de cinta, con lazo en los hombros y en medio del delantero. Cuello alto y abarquillado cubierto de guipur.

*Tela necesaria:* 7 metros de cachemir.

#### Vestido para niñas de 12 años.—Núms. 31 y 32.

Este vestido es de cachemir escocés fondo color de madera, y va guarnecido de raso verde. Se compone de una falda y un cuerpo de talle redondo, terminado en un cinturón de cinta, que se anuda por detrás. Unos tirantes de cinta anudados en los hombros atraviesan la espalda y el delantero, que son de una pieza y van escotados y montados con cabeza fruncida sobre un canesú de raso añadido sobre el forro del cuerpo. Cuello alto y puño de raso. La parte superior de la manga es de cachemir escocés. Cierre invisible bajo el brazo izquierdo.

*Tela necesaria:* 7 metros de cachemir, y un metro 20 centímetros de raso.

#### Abrigo para niñas de 12 años.—Núms. 33 y 34.

Es de paño musgo, y va guarnecido de un cinturón-cordadura de terciopelo musgo obscuro y bengalina del mismo color. La falda tiene la forma de levita, y va montada con bastante vuelo en el borde de un cuerpo de talle redondo, bajo el cinturón que rodea la cintura y se anuda por delante. El cuerpo va guarnecido de unas solapas en forma de conchas, hechas de paño y forradas de bengalina. Cuello redondo, que cae sobre la espalda, y va formado de una especie de volante de paño guarnecido de una cinta de terciopelo. Cuello alto enrollado, guarnecido también de terciopelo. Manga de codo, con cartera de bengalina y cinta de terciopelo. Unos botones de pasamanería van puestos sobre la cartera.

*Tela necesaria:* 3 metros 75 centímetros de paño; un metro de bengalina, y 5 metros 50 centímetros de cinta de terciopelo.

#### Traje de luto para señoritas.—Núm. 35.

Vestido de lana mate. Falda con pliegues Watteau fruncidos en medio, adornada con un bias ancho de crepón inglés. Chaqueta flotante sobre un forro ajustado, sobre el cual se fija un peto y un cinturón de crepón inglés. Manga ajustada de crepón, y manga bulbosa de lana.—Sombrero redondo de crepón, adornado con lazos de lo mismo.

*Tela necesaria:* 5 metros 50 centímetros de lana, y 2 metros de crepón.

#### Traje para señoras de edad.—Núms. 36 y 37.

Vestido de lana verde cardenillo, guarnecido de encaje negro y piel de seda bordada de matices más oscuros. Falda lisa por detrás y adornada en los lados con un volante de encaje. El delantero, del mismo encaje, va guarnecido de unas solapas de seda bordada. Estas solapas se reúnen en la cintura con una especie de fichú redondo en la espalda. Espalda ajustada y lados de delante, que terminan en unas aldetas largas.

*Tela necesaria:* 6 metros de lana, y 2 metros de piel de seda.

#### Traje de paseo.—Núm. 38.

Vestido de seda azul estampada. Falda lisa al sesgo. Cuerpo blusa de seda azul lisa, rematado en la falda bajo un cinturón plegado, que se cierra por delante bajo una escarapela de cinta. Una chaqueta bretona, sin mangas, de seda estampada, cubre la blusa, dejando ver el delantero. Cuello recto. Mangas anchas de seda lisa, y puño de seda estampada.

## PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.



una casa de campo no debe faltar un trapezoidal, y á él pueden subirse las niñas, siempre que el ejercicio no resulte inmoderado y corran riesgo de marearse ó de caer.

Y como juegos á propósito, yo se sabe que el croquet y el lawn-tennis son los más admirables.

El método de vida á propósito también, consiste en pasear, madrugar y acostarse temprano.

Dedicad algo á la lectura, y algo también al estudio de la astronomía.

Haced que la existencia sea tan agradable, que transcurran las horas siempre cortas para sus moradores: por la mañana á misa; luego al comedor, donde se sirve el desayuno; organización de sobremesa, las expediciones que más complazcan; y bien en paseos por el bosque, ó en los botes por el río, ó bien en partidas de pesca, entretened las horas de la mañana; la llegada y distribución del correo, desahará por un momento la reunión para despacharlo el que lo tiene, ó entregarse á su lectura; á la una la comida, terminada la cual y según el tiempo lo indique, invertireis las horas de la tarde leyendo ó paseando á pie ó en carruaje; al anochecer rezaréis el rosario; á las nueve cenaréis; luego amenizaréis la tertulia entre partidas de tresillo, bezique, ajedrez y billar, hasta las once, hora muy prudente de acostarse.

Esta viene á ser una existencia patriarcal, y la más propia para descansar de la agitada vida de la corte.

#### COCINA, SUS UTENSILIOS, FOGONES, ALIMENTOS, ALGO DE HIGIENE TAMBIÉN, BODEGAS Y VINOS.

Se nos antoja que á nuestras lectoras les interesará que digamos algo sobre pieza tan importante como la cocina. ¡Y tan importante; como que es la principal y la que más debe preocupar á la humanidad!

«Donde no hay harina, todo es molinera», reza el refrán; ó como si dijéramos: «Es preciso guisar.» Y este, aun cuando se perfeccionen todos los fogones portátiles del porvenir, es problema que sólo se resuelve en la cocina.

Lo mismo quienes cuentan su fortuna por cuantiosa renta, que los que dependen de modesto jornal, todos, absolutamente todos, dedican verdadera atención á la cocina. Unos para lograr sostener su abundancia y ofrecer suntuosos banquetes, y otros para poder sotorcar un guiso de patatas sencillas. Ello es que todos luchamos, quienes con más, quienes con menos suerte, ó con más ó menos fuerza, por sostener la cocina.

Eso equivale á vivir, puesto que sin comer no se vive; equivale á pasar momentos de tranquilidad en torno á una mesa ocupada por seres queridos; al legítimo orgullo de pensar: «Todo esto lo gano con el sudor de mi frente»; y equivale, en fin, á lo que pedimos en el *Padre Nuestro*, y á dar gracias á Dios si se digna concedernos el pan de cada día.

Desde que el mundo es mundo, las cocinas han resuelto muchas cosas; ¡cosas que parecían insolubles! Los banquetes suponen cocinas bien dirigidas, y esto da exacta idea de buen cocinero, buenos condimentos y muchos dineros para sufragar el gasto. Los primeros festines se pierden en la noche de los tiempos; pero casi ninguno de aquellos anfitriones, al igual de los de nuestros días, perdieron el gasto al hacer ostentación de sus comilonas; pues entonces como ahora, más que los corazones pudieron los estómagos agradecerlos.

¡La cocina del pobre! ¡Qué abundante fuera si se guisara en ella con lágrimas! ¡Cuántas derraman el desgraciado padre de familia, la pobre viuda y los infelices huérfanos, al considerar que no hay con qué guisar!

¡Qué refinamiento del lujo supone la cocina bien provista de toda clase de utensilios, y éstos repletos de suculentos manjares!

¡Encender lumbre! ¡Lumbre que no es sólo la destinada á calentar los arterios miembros en invierno, sino las entrañas en toda época! Porque del calor de la cocina depende el del estómago; y cocina sin lumbre representa estómago sin alimento, ¡hambre!

Si de peñuelos velamos preocupados á nuestros padres; si cuando tenemos uso de razón nos preocupamos también nosotros, por causa unos y otros del porvenir, la cocina, no lo dudéis, juega papel principal en esas cavilaciones.

Procurar el pan de cada día es tener con qué guisar. Y guisar sin tener con qué mandar á la compra, es imposible.

Por dar de comer á los que dependen de nosotros, nos afanamos, nos desvivimos; y tanto el pobre como el rico se preocupan de ello. Y por ello y para ello atravesamos el mar, viajamos incansablemente, en busca de trabajo y exponiendo la salud y hasta la vida en bastantes ocasiones.

Entendemos que no será ocioso establecer un paralelo entre las antiguas y las modernas cocinas.

No vendrá mal un viajecito retrospectivo de unos cuantos minutos á través de los usos y costumbres de otras épocas, que tanto suelen agradar é interesar.

En la Edad Media, la sociedad, dividida en dos clases, se componía exclusivamente de señores y vasallos, es decir, ricos y pobres.

Estos últimos no poseían sino lo que se dignaban darles los primeros.

En los castillos y casas solariegas la cocina era la pieza más importante, y tenía numerosas dependencias, tales como la despensa, la bodega, el horno, la panetería, la frutería, etc., sin contar las habitaciones destinadas al personal.

Sus grandes bóvedas, formadas por ojivales arcadas, descansaban sobre macizas columnas que les daban apariencia de capilla, y algunas de ellas hasta parecían salas de tortura; ¡tan siniestro era su aspecto á primera vista!

El modesto ajuar consistía en utensilios de bronce de to-

das clases; y además mesas, bancos, escabecles, artesones, armarios, pilones y morteros, palanganas de cobre, etc., etc.

En el siglo XIII se construyeron de otro modo: quedaron, las cocinas, aisladas del cuerpo principal del edificio, y por tanto relegadas al fondo de la casa.

Á la majestuosa chimenea de la Edad Media sucedieron varias otras sin importancia, que llegaban á veces á cuatro, según el personal de dueños, huéspedes y criados.

La riqueza del ajuar, en armonía con la suntuosidad y elegancia de los objetos preciosos allí acumulados, lucían de la cocina una estancia tan agradable como singular y curiosa, donde abundan arquetas, cofres y arcones de extraordinario mérito, que luego han sido uno de los principales y más artísticos adornos en las habitaciones de recibí.

Á los utensilios de bronce había que añadir toda una serie de vasos y platos de plata, notables por su valor intrínseco y artístico.

El lujo en esos objetos llegó á tal grado de exageración, tanto en España como en Francia, que en este último punto Luis XII, para contener semejante derroche, prohibió á los plateros, por medio de un decreto, que fabricaran vajillas de plata para las cocinas.

Al golpe de esta radical medida, el cobre y el estaño ocuparon momentáneamente el lugar de la plata; y los poseedores de este rico metal, ante el temor de una desagradable sorpresa, escondieron su tesoro todo lo mejor posible.

Pero en el siglo XVII reapareció aquel lujo; la plata volvió á ser expuesta en los estantes de las cocinas, y la fiebre de semejante vanidad se presentó con más fuerza que nunca.

Para dar idea de la riqueza que eso suponía, bastará decir que en el inventario del mariscal de la Meilleraye, en Francia, figuraban los objetos de plata por la respetable cifra de 5.801 libras.

Reyes la habido que no tuvieron inconveniente en cambiar, por un momento se entienda, la púrpura y el armiño por el blanco mandil, y empuñar la cuchara de palo en vez del cetro, para entregarse á las distracciones del arte culinario.

Luis XIII era muy hábil en repostería.

Y por esto, sin duda, no faltaron grandes señores (ellas y ellos) á quienes gustara esa ocupación y la llevaron á cabo con felices resultados.

Y en cuanto á las personas de posición más humilde, éstas tenían algo de cocinera en todas partes de la casa; en el dormitorio, en la habitación destinada al trabajo, etc., etc.

Desde el siglo XVIII comenzó la cocina á ser una pieza completamente distinta de las otras, y al mismo tiempo perdió el lujo verdaderamente regio que la distinguía antes.

«La mujer española, en general se entiende, dice un notable escritor, hace poco caso de la comida; y para algunas alimentarse bien es aparecer ordinaria; beber vino, ser borracha; y guisar, rebajarse.»

Y juzgando á la de la clase terciada, de esa clase del quiero y no puedo, añade que así ha de pagar á la peinadora, ir al teatro, comprar caprichos y afeites, etc., etc. lo pagarán el caldo del puchero, y las chuletetas y las patatas y demás comestibles.»

Sigue diciendo el mismo escritor: «Caricne afirmaba que la cocina debía de figurar entre las Bellas Artes, en el quinto lugar, y lo decía para poder llamar artista á la mujer que de cocinera se ocupa.»

Ni en Inglaterra, el país práctico y confortable por excelencia; ni en Alemania, dominio de la repostería y de las tostadas; ni en España, en donde tanto dicen que abunda la mujer de su casa, existe el tipo perfecto y apropiado para la cocina como en Francia.

Es la mujer francesa la única en el mundo capaz de cocinar, vestida elegantemente, sin manchar el delantal con que resguarda sus ropas.

El célebre gourmet Marqués de Cussy podía siempre la presidencia de la cocina para la mujer, y aquella que mejor educación había recibido, añadida el noble goloso, era la que menos había de desdesharse, dedicándose á las tareas culinarias, en su práctica ó en su dirección, porque así las elevaba hasta ella.

Los cronicones de cocinas nos enseñan que mujeres muy ilustres se han ocupado de la mesa.

Chopatra se excedía en elegancia en los banquetes que daba.

Agripina debió á su manera de preparar los caracoles la influencia que tuvo sobre su marido.

Mme. de Sablé, allá por los años 1600 y tantos, llevó á Francia, su tierra natal, ininidad de fórmulas de cocina y de dulces, en platos que aun llevan su nombre.

Bueno es que una mujer sepa de todo un poco, ó mucho de alguna cosa, pero por nada debe dejar á un lado el cuidado de la cocina.

Si en las casas lujosas y confortables siguen siendo, como *in illo tempore*, muy espaciosas, claras y ventiladas las cocinas, en cambio en las casas humildes ocupa el más reducido y obscuro espacio, por regla general.

En Madrid, tiene razón Angel Muro, no en todas las casas, pero sí en muchas, aunque su edificación sea moderna, se encuentra el lugar excusado en la cocina, ó muy cerca de ella.

No todos los retretes están fabricados como deben estarlo y como prescriben las reglas más rudimentarias de la higiene, y no en todas las familias se usa á diario esa scrupulosa limpieza que en todas partes debe ser el *a b c* de la existencia.

La falta de agua y de aire, dice también Muro, y el olvido, hacen dejar abierta la puerta del retrete y la tapadera fuera de su lugar, envolviendo la región de la cocina en una atmósfera que tiene mucho de química por lo amoniacal, y que se mezcla con los vapores de la cocina y las emanaciones de los comestibles que esperan turno ó que están comendándose.

Un fogón lleno de platos por fregar, con pucheros á la lumbre y pucheros en lo alto, pucheros y cazuelas por doquier, papeles recortados y pintarrajeados en los vasaros, estampas en las paredes, el suelo sin barrer, la escuela á la

vista, el cubo de las aguas sucias al paso, así como la espuerta y el cegador de la basura, y la zafía cocinera soplando, soplando con el aventador y puesta en jarras, es cosa por demás desagradable y que no hace favor á la dueña de la casa.

Y díganme de paso que ésta no debe permitir que la cocinera cante á voz en grito, ni dé en la flor de recibir á su parentela y á sus amigos; pues todo eso, ínfimismos, son detalles de ordinario y desorden que fielmente pueden evitarse.

Una cocina como la higiénica y la cultura mandan, debe tener el hornillo ó fogón donde se guise en el centro, ó en sitio en que pueda circularse en derredor. La luz de gas ó de petróleo (y si es eléctrica, mejor) debe estar colocada en el techo.

Y tanto la experiencia como las teorías de Angel Muro, que sabe mucho de todo, nos demuestran elocuentemente que no deben colgarse muchos cachivaches en las paredes, y que con un banquillo y una mesa para operar está armadilla la cocina. En la antecocina ó en la misma cocina, habrá y enseres encerrados en un armario, y agua, mucha agua, y buenos fregaderos á mano para el trabajo y el servicio.

La cocinera no debe aguardar nunca á que esté el agua para fregar, sino limpiar en seguida, y mientras opere, todo lo que vaya ensuciándose, y.... á su sitio en seguida cada cosa.

Ni debe carecer tampoco de un buen libro de cocina.

Por regla general, la cocinera, que se ha levantado temprano para ir á casa de la peinarora, que está en la misma plazuela, se ha lavado antes de salir con la punta de la toalla, y de vuelta á casa, con las manos pegajosas y ennegrecidas los dedos con el resaca de perros chicos y grandes, pone el puchero y á ramojo la lechuga, si es que es lo único—se dan casos—que se come en la casa.

Pero en cambio, la cocinera de una familia higiénica, hacendosa y ordenada, suele lavarse de cuerpo entero al saltar de la cama, no ha salido á la calle, ha estado planchando lo liso toda la mañana, y la cogemos en el momento en que va á echar en una fuente, en la antecocina, unas perdices con coles—pongamos por caso—después de haber servido huevos al plato, y luego sacará del horno, en donde está y no podemos verla, una pierna de cerrojo á la inglesa, que debe estar asíndose á fuego vivo, á juzgar por la llave de la chimenea, que está abierta.

Esta cocinera, bien enseñada, con un poquito de paciencia, carácter y buena voluntad por parte de la señora, siempre que aquella demuestre deseo de aprender, llegará á ser lo que su ama se proponga que sea; pues, salvo raras excepciones, los criados son el reflejo de los años.

Y volviendo á la manera de edificar que, por desdicha, tienen en la capital de España, diremos que hasta hace muy poco tiempo daba pena ver qué clase de cocinas había en Madrid, no ya en los pisos baratos, sino en los más caros.

Y aun cuando no hayamos adelantado mucho, pues todavía siguen los señores arquitectos aferrados en colocar el retrete de los criados en la cocina, vamos mejorando algo.

No nos cansaremos de repetir que la cocina debe tener luz y ventilación, y estar hecha de modo que no vaya al resto de la casa el olor de los guisos.

Las paredes, á más de blanqueadas, deben tener zócalo de azulejos hasta la mitad. Ello, á más de bonito, es muy limpio; y esto es lo principal.

Si hay vasar, éste se cubre, no con el pintarrajado papel, sino con tiras de retor blanco, formando ondas, bien fiteonadas, ó bien cortadas tan sólo. Pero ya hemos dicho antes que mientras menos cachivaches mejor.

Una mesa de pino (el tamaño depende del personal de la casa y de lo que se quiera gastar, naturalmente), á más de las correspondientes sillas, de pino también, debe constituir el mobiliario de cocina, donde no debe faltar un sencillo reloj de pared.

El ancho fogón, de hierro dulce, con placas de hierro fundido (que bien limpias brillan como espejos), y colocado, según antes hemos dicho, en el centro de la pieza, es la última palabra del adelanto, y son mucho más cómodos que las cocinas económicas de ladrillo y hierro adhiridas á la pared. Sin embargo, esos fogones tienen sus detractores por lo mucho que calientan y sofocan en verano, al extremo de que no puede resistirse á veces el calor que despiden; pero es indudable que, á pesar de todo eso, son los mejores.

Los utensilios ya no son, como hasta hace poco tiempo, de barro ó hierro simplemente, sino de hierro porcelana fundido, con baño blanco por dentro y azul por fuera; ó bien negro con baño blanco (porcelana), así como los de cobre dorado por fuera y estañados por dentro; pero esto exige sumo cuidado y exagerada limpieza; de lo contrario, criará cardenillo.

Harinas, pastas de todas clases para sopa, sal, azúcar y demás ingredientes, deben estar guardados en tarros de porcelana, que los hay á propósito, con sus correspondientes rótulos. De este modo, dichas sustancias se conservan mejor que en sacos ó envueltas en papel, y quedan al abrigo del aire, la humedad y el polvo.

En las casas montadas con lujo, las cocinas suelen estar en el piso bajo y se sula la comida por medio de torno. Por lo general es un cocinero el que munda allí, y á quien, por seguir la costumbre de imitar en todo á los extranjeros, llamaremos *chef*, ó sea jefe. Este tiene ayudante, uno por lo menos, que es el pinche, el cual le lleva la cesta á la compra, fríega, enciende la lumbre, monda las patatas, etc., etc. Y lo mismo acontece si se trata de notable cocinera (*cordon bleu*); pues cuando ascienden á la categoría de *artistas* se dan más tono que los artistas mismos.

Cocinero y pinche llevan, para estar en la cocina, chaqueta, gorro, delantal blanco y pantalón de dril color azul, generalmente.

La cocinera, *artista* ó no, debe vestir de percial, porque es más limpio, y usar delantal blanco; pero si está resucitado demasiado costoso para la dueña de la casa, pues se necesita un delantal llamante todos los días, entonces se le pone de dril azul y blanco á rayas.

Pero en algunas casas, cuyas dueñas se fijan, y hacen bien, en ciertos detalles, que, lejos de ser niños, son importantes para el arreglo y la limpieza, se les ordena que cuando van á poner la comida en las fuentes se pongan sobre el delantal azul uno blanco de hilo grueso y sin adorno ninguno.

También en ese momento de trasladar la comida á las fuentes, para que el criado ó criada las lleven á la mesa, se extiende sobre la mesa de la cocina un mantelillo limpio, y sobre este mantelillo, bien ordenadas, se colocan dichas fuentes, que limpiará antes la cocinera con el ascadísimo paño que es de rigor tenga á mano ó en la mano, como ella quiera.

Por regla general, se fríega la vajilla en el fregadero de mármol; pero es mucho más económico tener unas cubetas de madera (que se venden para eso), en las que se lava, y se rompe mucho menos, la loza.

Los guisos no deben mezclarse más que con cucharas de palo.

La mesa y las sillas de madera deben estar siempre *saltando de puro limpias*, y para conseguir esto, se lavan con arena de mármol y lejía Fénix, mezcladas ambas cosas; y luego, con un paño empapado en agua, se aclaran.

Para que la mesa se mantenga sin una mancha es preciso cubrirla con bulé del color que se quiera; pero el blanco es el más indicado.

En las casas donde hay y puede haber más pretensiones de lujo, no se lava ni una pieza de ropa en la cocina; pero en aquellas donde estas pretensiones no pueden existir, debe haber una artesa colocada cerca del fregadero para poner un tubo en la boca del grifo (del fregadero), y de esta suerte va el agua, sin mojar el suelo, á la artesa, donde se lavará y aclarará la ropa, que debe estar tapada en un cesto, porque su vista no es la más á propósito para ser contemplada en parte alguna, y menos en la cocina; y una vez lavada, se coloca en barreaños de zinc ó de barro.

Continuará.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

## CARTAS Á UNA MADRE.

XXII.

ESPERADA para escribirte, mi querida Luisa, a que los días agitados que trae consigo un matrimonio hubieran pasado por completo: Blanca y Laura van á regresar de su viaje de bodas, viaje que, á mi parecer, debía suprimirse; ya sería eso más distinguido que nacerse en un vagón apenas recibida la bendición nupcial, sin conocerse los dos esposos, sin tener confianza alguna, porque el trato breve y superficial de unos meses de relaciones de amor, en las que cada uno de los dos aparece mucho mejor de lo que es y procura ocultar sus defectos, no es conocerse, y puede decirse que no es amarse tampoco. El cariño verdadero ha de estar basado en la mutua estimación, ha de afirmarse con el trato, y ha de sostenerse sobre todo por las bellas cualidades de la mujer. ¡Cuántas vuelven del viaje de bodas con todas sus ilusiones perdidas! La esposa que tan amable y tan dulce era con su novio, cuando le recibía en el salón de su madre, se muestra aburrida y displicente desde que ha conquistado marido: éste deja caer la careta que velaba un carácter irascible, una parsimonia para los gastos que raya en tacañería, y más amor hacia su c. modia que hacia la de su esposa.

Mucho más que fiar á un vagón del camino de hierro las primeras horas de la felicidad conyugal, se consigue poner los cimientos de la futura dicha estableciéndose en su hogar, estudiando la esposa los gustos y las tendencias de su marido, y estableciendo con pleno conocimiento de causa el plan de vida más conveniente.

¡Haga Dios que las dos jóvenes parejas regresen tan enamoradas como se marcharon, y que se atiendan sus corazones! Á ti es á quien toca ayudar á su dicha, porque un consejo cariñoso dado á tiempo á tus hijas, les evitará esas penas que al principio son en un hogar recién creado como nubecillas de esto en un cielo azul, pero que se condensan y ennegrecen poco á poco, hasta traer la tormenta y el rayo destructor.

Siempre he creído, amiga mía, que el estigma y la antipatía que persigue á las suecras son merecidos en muchas ocasiones: desde luego el cariño maternal—el más fuerte é intransigente de todos—siente celos por el del esposo, que va á ser dueño del corazón y de la voluntad de la niña adorada ciegamente desde que llegó al mundo; siempre le parece á la madre que el esposo hace poco, que debía ser más apasionado, más espléndido; en una palabra, desea un esclavo para su hija, y no un compañero y un dueño, que es lo que el mismo Dios ha dispuesto.

La joven esposa, animada por las imprudencias de su madre, exige, y exige cada día más, condescendencias, minus y sacrificios. El marido comprende por dónde viene el mal, procura cortarlo, y no pudiendo conseguirlo, acaba por separarse completamente á la madre de la hija, conquistándose el dictado de tirano y de hombre sin corazón y sin conciencia.

No ha pecado jamás tu carácter por demasiado tierno con tus hijas; pero esto que en varias ocasiones te he culpado como una falta, viene á ser ahora una gran ventaja; á no ser que, según sucede algunas veces, cambies tu anterior despejo por un cariño imprudente y mal entendido.

No te mezcles para nada en el método de vida que observen tus hijas y sus esposos: si te piden un consejo ó un parecer dáselos lealmente, sin extenderte en consideraciones ofensivas ó que puedan parecer deseo de dominación; no culpases sus gastos ó su economía, pues deben ser duchos absolutos de sus acciones y de sus intereses: en vez de aconsejar á tus hijas la rebelión, y de inducirles á que pidan la satisfacción de esos mal caprichos ruinicos que las jóvenes creen anexos al matrimonio, persuádelas de que deben tener por norte la modestia y la moderación en todos sus gastos; que tus yernos conozcan la benéfica influencia que ejercen

en sus hogares, y sólo oigan de tu boca frases gratas y prudentes.

No hace muchos días he presenciado una escena por demás aflictiva entre una suegra y su hijo político: éste deseaba que su esposa amamantase á su primer hijo; la joven madre se prestaba á hacerlo de buen grado, y hasta con alegría; sólo su madre se oponía tenazmente, asegurando que su hijo no podía ni debía criar á su hijo, porque esto *ensuciaría*, *afea*, y concluye con la salud y la robustez de una mujer.

A pesar de todo, el buen sentido de la esposa se inclinó hacia la voluntad de su marido, y declaró que su voluntad era amamantar á su hijo, y así lo haría.

No hay para qué hablar del despecho de la suegra, que salió de la casa llenando de injurias á los dos esposos, y declarando que jamás volvería á poner los pies en aquella casa, donde su autoridad era menospreciada. La autoridad de una madre concluye cuando entrega su hija al esposo que la ha elegido para soberana de su hogar.

Desde el primer día en que tus hijas estén de vuelta, sepárate de una intimidad demasiado estrecha, y déjalas en plena libertad: sé para ellas una amiga cariñosa ó indulgente, y sé lo mismo—y aun más indulgente—para sus esposos. Si éstos se distraen, y aun si se extravían fuera de su casa, aconseja á tus hijas la prudencia y la dulzura, en vez de aconsejarles la rebelión y hasta la venganza, como hacen tantas madres imprudentes. Si en medio de sus penas te imploran ó te llaman, acude al instante; pero en las horas serenas y felices, déjalas solas con su dicha y te lo agradecerán, porque la juventud es en ciertas cosas más egoísta que la vejez.

MARÍA DEL PILAR SINTÉS.

## EL NÚMERO TRECE.

Conclusión.

Cuando á las siete de la noche llegué al siguiente día á la calle de Serrano, encontré á Clara que boraba con su tía Cecilia; el señor de Zulueta leía el diario, y su mujer, hundida en una butaca, respiraba tristemente. Al verme exclamó:

—¿Hijo mío! he creído morir la noche pasada. ¿Qué tenía?—preguntó alarmada.

—No puedo explicarme; pero siento que la muerte vuela alrededor de nosotros.

—Déjmosla volar—replicó—¿no sabemos que vuela desde el instante que nacemos? ¿A qué preocuparnos del día de mañana desde que no podemos cambiar nada del porvenir? Gocemos el presente sin ennegrecerlo con ideas sombrías, y sonreid para que seamos completamente dichosos.

Doña Engracia nos mira uno por uno languidamente, y dice con apagado acento:

—Queridos míos, estoy enferma y deseo pedir os un favor: el casamiento se halla señalado para el 1.º de Noviembre, ¿no es verdad? Pues suspendedlo hasta año nuevo; dejad al destino disponer de aquel ó aquella que ha sido designado como víctima de nuestro convite.

—Pero, madre—exclamé sin poder contenerme—¿será posible que retardéis dos meses nuestra felicidad, por una superstición que nada justifica?

—¿Y qué son dos meses? ¿Se pasa el tiempo tan pronto! Si en este espacio no muere ninguno de nosotros, veréis cómo pido para siempre el temor de los agüeros; mas por el pronto, la idea me domina en absoluto, y os afirmo que si rehusáis atender á mi ruego, me haré un daño horrible.

Y mi suegra derramó un torrente de lágrimas.

Al ver llorar á su madre, Clara lloró también con amargo desconsuelo; Zulueta no dijo nada, pero frunció las cejas y continuó fingiendo que el periódico absorbía toda su atención. En tanto la tía Cecilia me hacía señas para que descendiera, y cuanto le fué posible me deslizó al oído estas palabras:

—Cedid; Engracia está nerviosa; pero no tengáis cuidado, que todo se arreglará.

Después de algunos instantes de silencio que invertí en reflexiones tan inútiles como penosas, ahogué valientemente un suspiro, y dije á mi suegra:

—Vamos, señora, secad vuestro llanto: haré cuanto queráis.

Pasó un mes, y D.<sup>a</sup> Engracia, firme en sus creencias, no tenía trazas de indultarnos un solo día del plazo fijado: yo comía con ellos dos veces por semana, y los domingos iba á la hora de almorzar y me despedía á las once de la noche. Inútil es decir que tal intimidad aumentaba mi amor hasta el delirio, y como pasión quita conocimiento, nacían en mi corazón ruines deseos, hasta el punto de que, sin ser malo, llegué á tener vehementes ganas de que se muriera la señora del notario, el más antipático de los convidados que nos reunimos aquel día. Así D.<sup>a</sup> Engracia hubiera recobrado la tranquilidad, y me habría permitido desposar á mi adorada Clara. Pero como para burlarse de mis perversas intenciones, la señora engordaba á ojos vistas y parecía menos dispuesta á morir que ninguno de nosotros.

Una noche mi futura suegra emitió esta idea que puso el colmo á mi aburrimiento y desesperación:

—No lo sé de cierto; pero quizá la mala suerte que lleva en sí el número trece, alcance á los doce meses que forman el año: así como el 1.º de Octubre fué el día que tuvo lugar nuestro desagraciado convite, el peligro bien puede durar hasta el 1.º de Octubre del próximo año.

Al escucharla sentí frío en la médula de los huesos, y Clara se puso pálida como una muerta. ¡No nos faltaba más sino que la diera tal capricho, pues capaz era de llevarlo adelante y sacrificarnos á sus dichosos agüeros!

¡Volví á casa de tan mal humor, que la emprendí á mano-



18.—Traje para jóvenes de 15 á 16 años.



19 y 20.—Vestido para jovencitas de 15 años. Delantero y espalda.



21.—Vestido de luto para señoras.



25.—Traje de paseo para señoras jóvenes.



26 y 27.—Trajes de visita



o para señoras.



22 y 23.—Vestido para jovencitas de 14 años. Delantero y espalda.



24.—Abrigo de luto para niñas de 10 á 12 años.



28 y 29.—Trajes de calle.



30.—Abrigo de entretiempo.

tones con los muebles y cortinas, y hasta creo que llegué á dar algunos puntapiés á los sillones: el furor me ahogaba; me desnudé rápidamente y me arrojé en mi lecho, estrujando las almohadas entre mis dedos crispados y mordiendo con rabia: la paciencia con que recibían los embistes de mi furia me calmara; escondí el rostro en la blanda pluma y me eché á llorar como un chiquillo.... Esto me hizo mucho bien, porque rindió la tensión de mis nervios y concluí por dormirme.

Al amanecer desperté completamente tranquilo y con la cabeza bastante fresca para buscar medios de salir de tan insostenible situación. Me vestí á la carrera y fui á casa de mi amigo L., director y redactor en jefe del periódico. Entré en su cuarto como una tromba; le desperté, pues dormía con el sueño del justo, y de buena ó mala gana le hice escuchar la relación de mis desdichas.... Media hora después saí lleno de alegría: entre los dos habíamos hallado una combinación que lo arreglaba todo.

Por la noche llegué temprano á casa de Zuluetta; llevaba el corazón ligero y el espíritu tranquilo: mi futuro suegro leía su periódico; las señoras bordaban tapicería, y yo ocupé mi sitio de costumbre al lado de Clara, después de haber cumplimentado á todos, incluso *Dubi*.

—Y bien, querido padre, ¿qué hay de nuevo?—pregunté al banquero.

—Nada de particular—me respondió;—política y siempre política: los diarios ministeriales están insufribles por sus solos de bombos y platillos, y los de oposición insostenibles con sus eternas cencerreadas.

—¿Y las gacetas?

—Nunca las leo.

—Hacéis mal, porque suelen ser lo único interesante. Vaya, ¿queréis permitir que sea alguna á estas señoras? Así descansarían vuestros ojos, que deben sentir más fatiga que interés por ese farrago de miserias políticas.

—Con mucho gusto, tomad.

—Perfectamente—exclamó Clara;—léenos un poco, Javier; así sabremos algo de lo que pasa en el mundo.

Tomé el periódico, y al extenderlo, oí á D.<sup>a</sup> Engracia decir á su hija que llamase porque tenía sed.

—¡Oh dié! buscaba un pretexto para ausentarme, y mi propia suegra me lo proporcionaba. Sin dar tiempo á Clara para levantarse, me lancé á la antecámara, teniendo buen cuidado de llevarle el periódico, que arrojé en el cofre de la leña; y pido á la sirvienta un vaso de agua, y mientras va á buscarlo, saco del bolsillo otro periódico igual en apariencia al escamoteado, pero impreso á mi gusto, gracias al amigo redactor, y vuelvo á entrar en el salón.

Empecé la lectura de la gaceta, y todos me escuchaban llenos de satisfacción; el señor de Zuluetta declaró gravemente que yo leía muy bien, y me rogó continuase; fingí detenerme para buscar algo interesante, y de pronto exclamé:

—¡Extraña coincidencia! ¿Será verdad?

—¿El qué?... ¿el qué?...—me preguntaron.

—Escuchad.

«Ayer ha sido el entierro de un hombre que se había llegado á crear una personalidad original, pero simpática y estimada: era un callista italiano llamado Pietro Lubin, sumamente líbil en su oficio. Ha muerto víctima del amor que profesaba al trabajo que ejercía, por haberse empeñado en practicar una operación difícil, después de asistir á un banquete donde comió y bebó quizá con exceso: herido de pronto por una apoplejía fulminante en casa del señor de G... su cliente, causó á este caballero tal sobresalto la desgracia, que el médico llamado para asistir al que ya era cadáver tuvo que valerse de energicos remedios para impedir que el señor de G... fuera á reunirse con su callista.»

Doña Engracia se levantó como movida por un resorte, me arrancó el periódico de las manos, volvió á leer el suelto, y exclamó:

—¡Cuando yo os decía que el número tres no perdona, bien podáis creerlo!; Descanse en paz el alma de ese pobre hombre!; Hijos míos, no sé si será egoísmo, pero estoy muy contenta de ver cumplida la suerte y disipada por tanto mi horrible pesadilla!; ¿Qué bueno es Dios!; Gracias le sean dadas una y mil veces!

Esta candorosa expansión me hacía reír interiormente.

¿Hubiera hablado así la familia del difunto?

—Entonces, madre mía—le pregunté—¿será permitido abreviar la fecha del matrimonio?

—Sí, hijos de mi alma: pagaría la terrible deuda, nada hay que temer: os casaréis lo más pronto posible.

Tres semanas después, me unía con eternos lazos á mi querida Clara.

Diez meses pasaron de una felicidad sin nubes. Estamos hoy á 2 de Octubre, y mi Clara acaba de darme un hijo, que, según la opinión general, va á ser arrogante mozo. La madre y el niño se hallan perfectamente: mi suegra y tía Cecilia andan de puntillas por la casa, para no despertar á la que descansa de los trabajos valerosamente sufridos. La alegría inunda nuestras almas, y nos hace decir simplezas y derramar lágrimas de felicidad. La familia entera acude á cumplimentarnos y traer regalos al recién nacido, que halla hermoso como un sol. No necesito afirmar que canto en el coro de los más entusiastas; pero cuando nos hallamos distraídos, llega á nosotros el rumor de una discusión entre los criados y un visitante, cuya voz aguda y marcado acento italiano despertan en mi memoria vagos recuerdos.

—Os digo que entraré.... dejadme pasar.... soy amigo íntimo del señor de Santaló.

La puerta del salón se abre con violencia, y Pietro Lubin, al que yo había enterrado en el suelto del periódico, se presenta en carne y hueso, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Querido amigo! ¡Sin duda me habréis creído muerto, pues en un año no he dado la menor señal de vida! Sin embargo, no os olvidada, pues justamente ayer cumplieron doce meses del día que tuve la honra de comer con la apreciable familia que me rodea. Pero sirvame de disculpa que fui á San Petersburgo, llamado por un gran señor que me

ha nombrado su callista *exclusivo*, con sueldo y gañes fabulosos. Todas las alegrías me han venido juntas, pues hoy me hallo casi rico, y digo *casi* por modestia. Por especial favor he obtenido quince días de permiso para arreglar mis asuntos en Madrid, y llegué esta mañana.

Calló para tomar aliento, y en tanto reflexionaba yo cuánto modifican las circunstancias las más arraigadas convicciones.

El entusiasta de la libertad, el enemigo de las decoraciones, el que proclamaba la igualdad de los pies en sus *manos*, se había dejado prender con cadenas de oro, que, á juzgar por lo del permiso, debían estar sólidamente reancladas.

—Mi primera visita—prosiguió Lubin—ha sido para el general Bréndon, y en su casa he sabido el fausto suceso que celebráis. Así, no he querido detenerme, y vengo á felicitaros sinceramente, asegurándoos que no habéis tratado á un ingrato, sino á quien posee el doble reconocimiento del estómago y el corazón. ¡Pero qué feliz soy en vuestros reünidos después de un año entero de nuestra primera entrevista! Lo gracioso es que ya no somos *tres*, sino *cuatro*, y ojalá el año próximo seamos *quince*, pues el hermoso infante con que ha bendecido el cielo vuestra unión, reclama imperiosamente una hermanita.

Y acabó, para retir á careajadas.

Doña Engracia me miró de pies á cabeza, y sin querer me pise colorado.

Luego me habéis engañado como á una china, ¿no es cierto?—dijo por lo bajo, con un tonillo que me pareció cerrar un mundo de reconveñones.

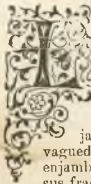
—Y las gacetas?

—Si queríais madre—respondí resueltamente;—y estoy seguro de que ahora os alegráis del engaño. La pesadilla que teníais os hubiera quitado la vida; Clara, que tanto os quiere, hubiera muerto de pena, y yo no hubiera podido sobrevivir á la pérdida de mi amor. Así, en lugar de un matrimonio feliz, nuestra misión en la tierra hubiera sido enterrar á las empresas funerarias: en vez de esto, nos hallamos reunidos para un bautismo, pues ni uno falta á la cita que nos dimos el 2 de Octubre del año pasado. Perdonad la inocente mentira que os devolví la tranquilidad, y sabed al fin que nada hay más falso de razón que los agüeros. El número tres, la fatalidad que atribuyen al martes, el salero volcado, el pan puesto al revés, la silla á que se hace dar vueltas sobre un pie, y tantas otras supersticiones á que se presta absoluto crédito, no son más que cuentos de vieja, propios para asustar chiquillos. Así, abuelita, id á besar á vuestro nieto, y estad segura que la mejor manera de dar gracias á Dios por los días felices que nos otorga, es gozar de ellos con el corazón lleno de alegría y la inteligencia libre de preocupaciones.

A. HERMIL.

## AMATISTA.

### I.



A brisa de la tarde movía acompasadamente las ramas de los copidos castaños y negros abetos, arrancando á sus hojas vagas y misteriosas armonías, en tanto que el sol poniente bañaba con sus arreboles de oro las azules cumbres de lejanas montañas.

El concurrido balneario de Urberuaga semejaba, en aquella hora de dulces y melancólicas vagabundías, colmena inmensa que desparramaba su enjambre por las deliciosas fiordistas, buscando entre sus fragantes emanaciones el bálsamo de vida destinado á contener el principio de una dolencia que raras veces perdona la existencia de los seres en los cuales se inicia.

—¡Qué dicha y suave bienestar se experimenta en este delicioso valle!—decía una pobre anciana, reteniendo entre sus enflaquecidas manos la delicada y nivea de una joven que la acompañaba.

—¿Lo ves, mamá?—le contestaba ésta.—¡Tú obstinándote en no salir de tu cuarto, cuando no ignoras que la inactividad te es altamente perjudicial. Un ejercicio moderado, unido al aire puro que aquí se respira, han de ser la base de tu restablecimiento; repétidas veces te lo ha asegurado así el doctor.

—Me lo ha asegurado, es cierto; ¡pero yo para qué quiero vivir? ¿Qué encanto tiene para mí la vida? ¿Con qué atractivos me brinda?... A no ser por ti....

—¡Ah! tienes, es preciso que vivas para mí, cual por ti vivo yo; y vivirás, yo te lo fio, sólo que des en pensar lo que de mí sería si tu apoyo querido llegara algún día á faltarme.

—¿Pero tú crees que la vida se deja por voluntad propia? No, hija querida, no es esto; es ella la que nos abandona á nosotros, cuanto más hacemos para retenerla y guardarla.

—¡Oh, calla por Dios, que estás haciendo con tus pesimismo la noche en mi pobre alma!

—Un poquito más de valor, hija mía, y, sobre todo, un poco más de confianza en tu porvenir. Lo que ha de suceder, inevitablemente sucede, por más que las criaturas se rebelen á ello. ¡Y ves cómo el sol apartándose del valle le abruma con el peso de la sombra, y apenas si se atreve á besar la cima de los montes? Así la vida huye de mí gastado cuerpo, deteniéndose un punto entre la nieve de mis canas.... Presiento, sin embargo, que pronto, muy pronto, las invadirá noche que no tiene fin.

Silenciosas lágrimas nublaron por toda respuesta los hermosos ojos de la niña, y resbalando lentamente por su delicado rostro, se detuvieron en sus mejillas, como se detienen las gotas del rocío en el pétalo más fresco de las rosas.

Aquel angustioso y elocuente silencio vino de pronto á interrumpirlo un apuesto y elegantísimo joven, que, dirigiéndose con extrema afectuosidad á las dos señoras:

—Doña Genoveva! ¡Blanca!—exclamó.

—¡Carlos!—contestaron ambas, con manifiesta satisfacción.

Carlos Andújar, marqués del Rosal, estrechó sus manos con sentida efusión, tomando asiento en el mismo banco en que descansaba D.<sup>a</sup> Genoveva.

—¿Pero de dónde salen ustedes?—preguntó con el mayor interés.—No saben cuantísimo celebro verlas de nuevo, ya que mi amistad, señora, no ha sido nunca afecto de ocasión, sino consecuencia de una simpatía cada vez sentida con mayor intensidad.

A saludo tan cordial contestó la anciana refiriendo con emoción vivísima una historia de lágrimas, uno de esos dolorosos dramas que con sobrada frecuencia se desarrollan en el medio social, sin que ni vaga ni remotamente se trasladan al exterior. Esposa de un afamado banquero, había vivido durante largos años en una atmósfera de opulencia y de bienestar envidiables, halagada por el respeto de todos y por el cariño y finas atenciones del que, á la par que el mejor de los esposos, era el más correcto y cumplido de los caballeros. Fruto de su venturosa unión era Blanca, á la que sus padres habían educado con exquisito esmero en uno de los mejores colegios de París, en cuyo internado contrajo íntima y fraternal amistad con María Anitajar, hermana del joven y apuesto Marqués del Rosal.

Pero la suerte es caprichosa é inconstante, y sorprende á veces con desencantos que hieren cruelmente, haciendo blanco en las fibras más sensibles y delicadas del corazón. El padre de Blanca, inducido por uno de esos vividores de oficio que pululan alrededor del rico, se comprometió en una jugada de Bolsa, cuyos resultados fueron su ruina, viéndose obligado, para dejar á salvo su nombre que estimaba mil veces más que su perdida fortuna, á desahucarse de sus fincas, de sus muebles, de su magnífica colección de cuadros y tapices, y hasta del piano en que su hija hacía brotar torrentes de armonía, que causaban á cuantos tenían la ventura de oír la profunda admiración.

Estróles resultaron, sin embargo, tan generosos sacrificios y tan desmedida bondad, ya que la muerte no tardó en acabar con la vida del que no pudo resistir el ver cómo se disipaba su hidalga buena fe y acrisolada probidad.

Viuda D.<sup>a</sup> Genoveva, sin otro patrimonio que el apellido sin tacha que su marido le legara al morir y la bondad de su hija, contrajo un padecimiento moral que la puso al borde del sepulcro, y del cual le quedó como amenaza constante á su porvenir un asma terrible, que á la par que mataba lentamente su delicada existencia, acababa asimismo con los escasos recursos de su exhausto caudal. Entonces su hija, su ídolo, aquella niña de soberano talento y belleza exquisita, educada para brillar en los más aristocráticos salones como astro de primera magnitud, tuvo que resignarse á dar lecciones de piano, y, economizando hasta lo increíble, había reunido lo necesario para acompañar á su madre á Urberuaga, último recurso que la ciencia ensayaba para conjurar su grave mal.

Carlos oyó atentamente el largo relato de la enferma, reflejándose á veces en su rostro la emoción que agitaba su alma. ¿A qué era debida ésta? Serchamente á la simpatía que inspiran siempre los grandes infortunios, á la admiración que le causaba la piadosa filial de Blanca, á la sentida conmiseración hacia la desgracia ajena, y sobre todo al respeto que le infundía aquella niña, cuya virginal y noble frente se cifó de dolorosas espigas al tiempo mismo que sólo con espléndida diadema de flores tenía derecho á coronarse.

Consecuencia de sus impresiones, aquella misma noche declaró al Marqués del Rosal su amor á Blanca, y bien pronto en el salón de recreo del establecimiento no se habló de otra cosa que del futuro enlace de los dos jóvenes, comentándolo cada uno según su criterio le daba á entender.

### II.

Dos años después, y en uno de los más risueños *hoteles* que bordan ambos lados del paseo de la Castellana, se celebraba con ostentosa fastuosidad la boda de Carlos. La novia, resplandeciente de belleza y luciendo rico traje blanco confeccionado por uno de los mejores sastres de París, discurría por los salones brillantes como dorada ascua, apoyada en el brazo del Marqués, recibiendo los plácemes de los convidados y reflejándose en su rostro la íntima alegría de un sueño que, juzgándose imposible, se consigue al fin ver realizado.

Al final del salón de descanso, y entre el follaje de tropicales arbustos, una joven de conmovedora belleza arrojaba á un magnífico piano inspiradísimas melodías, si bien una exaltación nerviosa, que en vano hacía para vencer, apagaba la brillantez de las notas que surgían bajo sus hábiles y flexibles dedos.

La enamorada y feliz pareja se acercó y estuvo contemplando aquella heroica batalla que el espíritu reñía con el arte. Al finalizar la pieza, la novia apoyó su mano en el hombro de la pianista, y con gran cariño:

—¡Bravo, señorita!—exclamó;—toca usted admirablemente; bien decían los que aseguraban que como pianista no tenía usted rival.

La profesora se levantó de la banqueta é inclinó con aristocrática elegancia su hermoso busto, pero cuidando de apartar su vista del rostro de la desposada. Carlos sonreía dejando vagar por sus labios la irónica sonrisa de una venganza consumada.

—¿Cómo se llama usted, señorita?—preguntó la nueva esposa.

—Amatista, señora.

—¿Amatista? ¡qué nombre tan original!

—Es su nombre de artista—afirmó Carlos;—esta señorita lleva uno de los nombres más conocidos de Madrid, bien que el que usa en el mundo musical no está tampoco exento de encanto. ¡Amatista! ¡qué hermosa y delicada piedra! Su color es el de las violetas, el de los grandes esplendores de la Iglesia, y el que usan cuantos transigen con los lutos del alma y las alegrías de la vida. Es también el color de la modestia....

Carlos no acabó la frase: pues herida por el alcance de su



intención, al ir á acabarla, Blanca cayó exánime á los pies de la desposada.

Esta no pudo contener un lastimero grito, y deslaciéndose del brazo de Carlos, que pugnaba para llevarla á otra parte del salón, levantó á la joven pianista, que parecía falta de to lo aliento vital.

Audió gente. Dos criados tomaron en brazos el cuerpo desmayado de Blanca, y la condujeron á uno de los pabellones del jardín, cumpliendo las órdenes del Dr. Pompido, que casualmente habia presenciado la violenta y rápida escena. El médico hizo prevalecer su opinión de que se dejase á la enferma tranquila, quedando sólo la ciencia á velar por la desgracia.

¿Qué pasó en el tiempo que Blanca y el habil Doctor permanecieron allí? ¡Dios lo sabe! El médico necesita á veces sondar el alma más que el corazón de los enfermos, ser menos Galeno que confesor; de ahí que observando fielmente este concepto, no tardara Pompido en conocer detalladamente la historia de aquel inesperado desmayo.

Al salir de la alocba donde la enferma descansaba, y al presentarse de nuevo en los salones, todos los allí reunidos afanándose á porfia para enterarse del estado de Amatiata, siendo Carlos el que más insistente se mostró para que el Doctor le manifestara la verdad. Pompido, visiblemente afectado, no se hizo de rogar, exclamando después de breves instantes de silencio:

—La gravedad del accidente que tan pensadamente nos ha impresionado á todos, pasó ya. Ha sido ello consecuencia, no de una perturbación física, sino resultado de un drama cuyo desenlace no se hará esperar.

Carlos miró sombríamente á Pompido; mas des leñando éste to lo el encono de aquella impertinente y silenciosa amenaza, continuó:

—Figúrate que esa pobre niña, educada para más alta posición, tuvo la desgracia de enamorarse, ó por mejor decir, de corresponder al cariño que le demostraba un mal caballero que exigía de ella lo que jamás persona bien nacida debe proponer á la debilidad ni á la desgracia. Como no podía dejar de ser, encontrarse con su merecido, y en vez de sufrir en silencio su derrota, ¡gran hazaña! juró vengarse de aquella noble y dignísima mujer.

Esta sublime niña, no lo ignoran ustedes, sostiene á su madre enferma con el fruto de sus conocimientos musicales. Hoy.... no tenía pan que dar á la infeliz anciana, y aunque sabía que aquí encontraría al que tan cobardemente la hirió en lo más sano de su corazón, ha aceptado heroica el sacrificio de prestarse á dar un concierto en aras de su abnegación admirable, de su piedad filial.

—Caballero!—increpó el Marqués con marcada dureza. —Termino ya, Sr. Marqués—repuso grave y reposadamente el Doctor.

Y volviéndose á cuantos estaban pendientes de su interesante relato:

—Señores—continuó—emplazo á ustedes para dentro de dos meses, en cuya fecha tendré el honor altísimo de unirme para siempre con Amatiata. Sr. Marqués de la Rosa, mañana tendré el honor de enviar á usted mis padrinos, esperando que á su vez me honará mandándome los que crea más conveniente designar.

Y entrando luego en el pabellón donde Blanca quedó esperándole, salió llevándola del brazo, atravesando con arrogancia triunfal aquellos concurrenciosos y espléndidos salones.

—Inmediato á la *avere*, y contrastando con el movimiento que por doquier reinaba, velase un grupo que con gran solicitud atendía á la novia, que al enterarse de lo ocurrido se habia desmayado.

—¡Infeliz Teresa! Tú pagas las culpas de tu esposo; yo gano en cambio un tesoro á costa de tus lágrimas, que me nos ambiciosas, jamás hubiera conocido su amargor.

Tres meses después, Carlos llevaba el brazo derecho en un castrillo, y Blanca era esposa feliz y envidiada del Doctor.

A las melancólicas luces de la amatiata, habrán sucedido los destellos más esplendorosos, esas luces divinas que irradian sólo del foco de la felicidad.

ANTONIA OPISSO.

LOS CALCETINES AZULES Y BLANCOS.



—¿Qué es eso, Julieta?

—Eso era un par de calcetines azules y blancos, recamados de cordoncillos de seda y fruncidos con una hermosa cinta; pero dos calcetines pequeños, muy pequeños.... como si estuvieran destinados á los diminutos pies de los angelitos que flotan alrededor de una imagen de la gloriosa Virgen, entre nacaradas nubes, en los antiguos cuadros de Fra Angelico.

Mas ¿para qué necesitan los ángeles, en el ambiente de la gloria, calcetines de seda y lana, azules y blancos? Los necesitan, sí, los angelitos de la tierra, pobres desterrados que no tienen alas para llegar con vida á la celeste morada, y obligados á proteger sus pies, que se hielan con el aire frío y áspero del invierno, entre las fundas de algodón y de lana que tejen habitualmente las caritativas madres.

Bien lo sabía Julieta, que terminaba entonces los calcetines, guarneciéndolos con cintas de seda, y se los mostraba orgullosa á su marido; y lo sabía también Carlos, que aprobó con miradas de ternura la delicadísima labor de su amada esposa.

Los dos jóvenes estaban en el jardín, sentados bajo fresco toldo de lilas y jazmines; se vieron por vez primera en una tarde de fiesta, y se casaron pocos meses después en la parroquia de su pueblo natal, en una mañana de sol esplendente; se amaban con amor sincero, y ocupábanse con delicadeza en preparar el nido á sus hijos....

Porque en el cielo radiante de su felicidad aparecía ya una estrella, no parecida á los astros melancólicos de la no-

che, sino á la 'estrel'a matutina que irradia luz clarísima y esperanzas de dicha, destellos de limpios fulgores y también dulces ilusiones de ventura.

—Carlos, ¿te agradan así?

—Mucho, Julieta.

—Pero ¿qué color te agrada más, el blanco ó el azul celeste?

—Los dos, los dos....

—¡Jesús! ¿Qué ignorantes sois los hombres para estas cosas! Los dos, los dos! ¿Te parece que dices algo con esas palabras? Pues no dices más sino que te agradan los calcetines como están, por haberlos hecho yo.... y eso no es decir nada....

—¡Eso es decir que te amo, Julieta!—interrumpió Carlos.

—¡Bah! ¿Crees que es cosa tan fácil hacer bien un par de calcetines tan diminutos? Pues no, señor, no: crecer, menguar, redondear el talón, señalar el cuello del pie, pasar y repasar la hebra de aguja en aguja.... ¡Yaya una fatiga!.... ¿En qué quedamos? ¿te gusta el azul, ó quieres mejor el rosa? ¡Pero si no me escuchas, Carlos!

—Te miro, Julieta, y es mejor.

—¡Carlos!

—¡Qué hermoso será nuestro hijo si se parece á ti!

—¡Qué bueno si ca semejante á su padre!

—Escucha, Julieta mia: hijo de un artista y nieto de un docto académico, pienso que sea un hombre célebre. ¡Ya verás qué pronto y qué bien hace su camino!

—¿Y por qué no ha de ser militar?

—¿Militar? ¿Militar mi hijo? ¡Nunca! ¡Para que se arme una jarana y le peguen un balazo! ¡Alomino de la carrera militar!

Y Carlos y Julieta prorrumpieron en alegre carcajada.

—¡Proyectos, esperanzas, castillos en el aire!—dijo él, después de largo silencio.—¿Cómo galopan nuestros ensueños: ¿qué tropel de ideas palpita en nuestra mente y en nuestro corazón! ¿Pobre hijo mío! Pensamos ya en que seas artista eminente, hombre de ciencia, diplomático, ministro.... ¿qué sé yo?... ¡y todavía no has venido á este mundo, que es un valle de lágrimas!

Los dos esposos se estrecharon las manos, y contemplaron con delicioso arrobamiento aquellos calcetines azules y blancos, recamados de finos cordones y fruncidos en sedosa cinta, y más pequeños que la corola abierta de una rosa; aquellos calcetines que simbolizaban para los dos esposos una inmensidad de esperanzas y el infinito de la felicidad humana.

Los años pasaron rápidamente.

Una tarde de otoño estaban los dos esposos, no bajo fresco toldo de jazmines en flor, sino en anchas butacas sentados y delante de bien encendida chimenea.

Carlos dormitaba, ofreciendo al aspecto de un anciano que reposa de gran cansancio, con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca, los ojos entornados, los labios entreabiertos. Julieta estaba al lado de su marido, teniendo sobre las rodillas hondo cesto de mimbras, del cual sacaba innumerables objetos desechados por inútiles, como cintas deslucidas, flores arrugadas, adornos de otros tiempos en que era joven y bella.

De repente exclamó:

—¡Carlos!

—¡Julieta!—contestó su marido, despertándose y atizando el fuego de la chimenea.

—¡Mira, mira!

Y vaciando Julieta el cesto, sobre un velador cercano, cayó en el tapete un par de calcetines blancos y azules, no tan grandes como la corola de una rosa granadina.

—¿Te acuerdas, Carlos, te acuerdas?

—¡Ay, sí! Los calcetines de nuestro hijo....

¿Quién podría decir los recuerdos, la ternura, las ilusiones, el llanto, en fin, que simbolizaban aquellos calcetines? Si: son los mismos que la joven esposa guarnecía con finos cordones y cintas de seda, muchos años hace, en el jardín de la casa, un día de sol y bajo el toldo de los jazmines; entonces los dos esposos esperaban el advenimiento del hermoso angelito que debía hacerlos más felices, y acariciaban en sus ensueños de dicha las más dulces quimeras, las ilusiones más irrealizables.

¡Treinta años es la vida de un hombre!.... ¿Quizá aquel hijo adorado llegó á cumplir el destino que anhelaban para él sus padres? ¿Quizá fue artista notable, ó doctísimo hombre de ciencia, ó diplomático, ó ministro? ¡Ay, no! Fue su destino tan breve y misterioso, que la pobre madre ni siquiera logró poner á su hijo los calcetines azules y blancos. ¡Bebé murió á las pocas horas de su nacimiento!

Tal vez el Supremo Hacedor le habia creado demasiado perfecto y también demasiado frágil para la vida del mundo, y arrepiñitándose de su obra, para recibirla en la inmensidad soberana de la gloria abrió de par en par las puertas del cielo.

—¿Cuánto le hemos llorado, Carlos!

—¡Ay! ¡Tendría ya treinta años!

Los dos ancianos inclinaron la frente, y tal vez murmuraron frases de amargura.

¡Era tan triste envencer solos! El fuego de la chimenea se apagaba, y las sombras del crepúsculo invadían el aposento: era la hora en que, antes de extinguirse los últimos fulgores de la luz, cuando todo yace en calma solemne y misteriosa, acuden á la imaginación las memorias de dichas pasadas, y se remueven las cenizas de tiernos amores....

Los dos esposos sentían en el corazón una amargura infinita, acaso un movimiento de ira, de rebelión contra la injusticia del destino.

En un instante de dolor, Julieta estrechó la mano de Carlos, diciéndole:

—¿Lloras todavía por nuestro hijo?

—¡Oh, sí!

Y aquella mujer cristiana y varonil, aquella pobre madre desolada, procurando dar á su acento la amable entonación de la juventud, dijo así:

—Escucha, Carlos: en verdad que nuestra suerte ha sido durísima, que la desgracia nos hirió cruelmente en el momento de nacer nuestro hijo.... No hemos podido disfrutar de las caricias del pobre angelito, ni hemos sentido la alegría inefable de verle crecer á nuestro lado, de verle hombre, de verle rodeado de la gloria que para él anhelamos.... Y sin embargo, Carlos, á él debemos una felicidad más pura: esperándole antes de su nacimiento, haciéndole vivir ante nosotros en una existencia imaginaria, creada en nuestros ensueños de ventura, hemos gozado de la dicha de ser padre y madre, porque él, sólo él, nos ha dado el gozo y la dulzura de amarle como si realmente existiese.... Y además, ¿qué te diré, Carlos?.... Antes de haber sentido en mí el querido ser que procedía de nuestro amor, te amaba yo con un pueril amor, como si ignorase todavía la plenitud del amor verdadero, completo, casto y dulcísimo á la vez; y con el hijo de nos entrañas algo que no puedo explicar se reveló en mi corazón y en mi alma para amarte más todavía.... Si, Carlos: el cielo habia dispuesto que nuestro hijo, apenas nacido, cumpliera su misión en este valle de lágrimas, y su alma purísima volase á las mansiones celestiales. ¡Y sabes por qué?... Porque Dios, en sus inscrutable designios, nos le dió algunas horas para que estrechase nuestra unión conyugal con una esperanza y un dolor: el dolor de su muerte y la esperanza de encontrarle en el cielo. ¡Sea Dios bendito! Nosotros le idolatrábamos, y perdiéndolo en pocas horas, en medio de esta agonia de dolor que nos ha perseguido en la vida, nos hemos amado más, pero mucho más, en memoria de aquel hijo adorado....

—¡Eres un ángel!—contestó Carlos.

—Soy una mujer cristiana, esposo mío, que acata con resignación los decretos de la Providencia.

EMILIA DE V<sup>o</sup>o.

CUESTIONES TRASCENDENTALES (1).

PREFUMIS Y FLORES.

(FINAL DE LA CUESTIÓN Y DE LAS CUESTIONES.)

A Pepe Jackson.

Decíamos ayer.... querido Pepe, que aunque irritado, tu furor me inerope No es fácil que me vengas y me abrumes, Y que te he de probar que son mejores Los brillantes que todos los perfumes Y que todas las flores.

Tú, que has dado en la flor de hacermee el coco —Y también esa flor me gusta poco— Malgastas en empeño desilucidado El ingenio brillante que has probado Mil veces en la prunsa y el proscenio.... —Y observa este detalle interesante. No hay elogio mayor para el ingenio Que llamarlo brillante.—

Pues bien, dando una muestra De tu brillante ingenio, en la palestra De un público certamen, Hiciste una poesía encantadora A Lope ó Calderón.... ú otro del gremio, Que no recuerdo ahora, Y el Jurado, después de atento examen, Acordó concederte el primer premio. ¡El primer premio! ¡Honor piramidal! ¡El primero!.... ¡¡La rosa.... natural!! Una rosa muy linda y perfumada, Pero, al fin, una rosa.... deshojada, Seca y marchita antes De acabar aquel día De legítimo orgullo y de alegría. Tus gustos, por demás extravagantes, El Jurado, tal vez, comprendería, Y sólo el complacerme fué su afán. Si te dan una rosa.... de brillantes; ¡No es flojo el disgustazo que te dan! Y ahora—para que así mi afecto veas— Una idea feliz se me ha ocurrido. Te voy á dar el gusto que desees, De darme por vencido y convencido. Yo estoy equivocado, tú en lo cierto; Tú hablas discretamente, yo, inexperto, Ni aun sé lo que me digo. Tú mereces un premio, yo un castigo. Para tí lo que es bueno y es regalo; Para mí lo que opinas tú que es malo; Para tí, rosas, mirtos y aletas; Para mí, joyas, perlas y rubies; Para tí *ilang-ilang*, *bouquet* y *heno*, Para mí un *soltario*.... pero bueno; En suma, las alhajas para mí, Las flores y perfumes para tí. Justo es que en ello, sin dudar, convengas, Para que así tu parecer sostengas. Pues, según tu opinión, saldrás ganando. Mándame las alhajas que tú tengas, Y tú verás las flores que te mando.

Y ahora.... dispensa, Pepe, si no sigo Cuestionando contigo, Porque va á supner el que nos vea En continua pelea, Descompuestos, furiosos y terribles, Que tenemos dos genios insufribles.... Y ya comprenderás que es ecoca feaa. Así, pidiendo á todos mí perdones, Doy fin á esta cuestión.... y á estas cuestiones.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

(1) Véase el núm. 30.



31 y 32. — Vestido para niñas de 12 años.  
Espalda y delantero.



33 y 34. — Abrigo para niñas de 12 años.  
Espalda y delantero.



35. — Traje de luto para señoritas.



36 y 37. — Traje para señoras de edad. Delantero y espalda.



38. — Traje de paseo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

Á D.<sup>a</sup> CATALINA C.—La primera figura del figurín iluminado de nuestro número del 22 de Agosto último puede servirle de modelo para el traje de merino negro que quiere hacerse. Es elegante y sencillo.

Los patrones de los grabados 30 y 31 del mismo número pueden serle muy útiles, tomando bien la idea del figurín que le doy como modelo, y guiándose además por un cuerpo que le siente bien.

Á D.<sup>a</sup> BRISA B.—Para las vestas y chaquetas es preciso que el traje sea estilo sastró.

En los adornos, la tendencia es cumplir como bordo de falda el marabú y los rulos de pluma ó tejido.

Todos los colores pueden emplearse sin distinción; pero no obstante, la moda muestra preferencia por los siguientes: violeta, rojo, rosa, violado, verde, y, sobre todo, color clalía, en toda su escala, desde el tono más obscuro, hasta el más claro.

Á UNA MONTEPECHEANA.—Supongo que se referirá al manto grande, y éste, en el luto que indica, se usa el primer año.

Prefero chaqueta de paño negro mate, por ser más propio y de moda.

No es obligatorio el regalo al novio, si no media amistad entre ambos; en ese caso, puede regalar cualquier objeto del despacho, ó bien una alhaja, como alfiler de corbata, cadena, reloj, etc.

La madrina debe regalar á la novia una joya de más ó menos valor, como pulsera, broche, pendientes, cadena con reloj, etc.

Á D.<sup>a</sup> OBDULIA DE S. J.—Para trajes de niñas se usará mucho la tela escocesa, ó bien para los cuerpos con falda lisa del color del fondo. Las telas de granito y poplín se emplearán tanto en las niñas mayorcitas como en los trajes de *baby's*.

Las redingotes á carriacks, *collets*, solapas Directorio y hombreas de originalidad, estarán muy en boga para los abrigos de *baby's*, empleando como adorno el encaje guipur, pues es un lujo que se hace indispensable.

Las niñas y jovencitas usarán la chaqueta larga, que puede hacerse muy elegante poniéndola vueltas y forro de seda; y á propósito de esto la indicaré una idea: chaqueta de paño azul obscuro, color camello, gris verde obscuro, castaña ó nutria, adornado con vueltas de seda color clara, beige, rosa, malva, rojo, paja ó verde pálido; estas vueltas son de alto abajo del abrigo, por el que se entré el camisolín.

Los tejidos nuevos, labrados de dibujos distintos é imitando á la faya, el otoman y la bengalina, no afectarán en nada á los trajes de paño liso, pues éstos son un elemento más para las telas escocesas. La seda y terciopelo serán nuestros adornos de falda, pues la moda permite poner biases al bordo de éstas; por lo tanto, los tejidos indicados serán para tal objeto preferidos.

Á JUSTA DEL SACRAMENTO.—El calzado de vestir más propio en la estación entrante es bota de tafete negro, con medio tacón Luis XV y punta redonda no muy estrecha.

Á D.<sup>a</sup> EMILIA P.—Las blusas se llevarán este invierno, pero bajo la chaqueta de paño, abierta por delante y dejando ver el pechero; pues aunque la tela de la muestra que me envía es de abrigo, resulta muy clara para la calle en la estación entrante, á pesar de su poca edad. Para casa puede usarla tal como indica.

En el vestido gris, adorno de terciopelo negro ó marabú gris en tono más obscuro que la tela.

Para el traje que quiere hacerse, lea la *Revista parisienne* y *Correspondencia particular* de nuestros números del 22 y 30 de Septiembre, y verá los tejidos y colores que son de última novedad.

Para su hechura, en los próximos números encontrará modelo bonito.

Á M. I. DE J.—Ese caballero, si ha pasado algún tiempo del luto, puede usar la camisola y botanadura á que se refiere.

Cuello alto muy cerrado es el más propio y elegante; corbata laico de raso negro.

Á D.<sup>a</sup> MAGDALENA O.—El paño, terciopelo y pekines son los tejidos que se usarán en la estación entrante. El paño, sobre todo, será el preferido, por lo bien que se adapta, lo suave de su tejido y los colores finísimos que pueden obtenerse.

Los tintes nuevos, en la serie de grises, beige, camello, tabaco y castaño, están en mayoría, por ser los más discretos y menos vistosos. Son adoptados siempre por las señoras sencillas y á la par elegantes.

Se preparan también telas de original fantasía: cortes de paño azul viejo, rojo viejo, rosa viejo, verde ruso, de un cachet extraordinario.

Los bordados, plumas y terciopelo son el elemento preferido para los trajes. El terciopelo, en el mismo tono que el traje, para las mangas, biases, corseletes y cinturas.

La cintura y la forma de veta corta son de muy buen efecto.

Los bordes de pluma rizada hacen muy bien sobre el paño, ya del mismo color ó de distinto, haciendo contraste. La pluma negra tendrá su aprobación.

Se pondrán muchos bordados, *soutaches* y aplicaciones de pasamanería, que se disponen según el estilo de la *toilette*. La cintura se aplica en todos casos y géneros, y viene á

ser indispensable en los trajes; figura en los cuerpos-blusa, trajes Princesa, etc., ancha, estrecha, mediana, cobra todos los aspectos, asociándose á la mayor parte de los adornos y sirviendo de remate en los trajes elegantes.

Las mangas se hacen de doble bullón, sujeto éste por un brazalete de pasamanería, ó de cinta, que es más gracioso.

Las mangas huecas serán tan de moda en los trajes como en los abrigos.

El zorro azul, marita, nutria gris, castor y chinchilla, hacen admirables adornos sobre la seda, terciopelo y aun el paño tono verde bonito.

El terciopelo verde, como adorno sobre el paño gris, *maistie* ó beige, obtiene un verdadero cachet, y hace precioso como fondo con bordado de perlas.

Á ROSA AMARILLA.—Si, este invierno se llevarán las esclavinas de paño, abrigos de *peluche* y bors de pluma ó encaje.

Á UNA OCIOSA.—Desde los doce años, á lo sumo, los niños deberán usar pantalón largo, chaleco y camisola; por el lugar del cuello alto postizo, se rejuvenece el traje por el cuello vuelto con corbata *La Valière*. La chaqueta corta, de forma recta ó cruzada, conviene mucho á los niños, por su buen asiento. Pueden usar como tejidos la *cheviotte* en tintes claros. Si trvieran que presentarse en ceremonias ó comidas de etiqueta, la chaqueta se cambia por el *smoking* con vueltas ó pafaleta de seda.

El traje completo será el siguiente: pantalón, chaleco y *smoking* de paño liso muy obscuro, negro ó azul obscuro; también puede usar, si lo prefiere así, chaleco de piqué blanco.

Los jovencitos, aun en las grandes circunstancias, usarán la corbata *La Valière*, pero á partir desde los diez y seis años, la corbata blanca será de rigor.

Los zapatos escarpines, calcetín de seda, guante gris-perla, sombrero de fieltro muy bajo de copa, y florecilla en el ojal de la chaqueta ó *smoking*, completan el traje indicado.

Á LA SEÑORA DE X.—Los trajes de calle se harán redondos, y más bien cortos, este invierno.

Los cuerpos serán también cortos de talle, y las cinturas altas (estilo Imperio); por consiguiente, muchos cuerpos irán montados en la falda ó metidos por dentro de ésta, la cual se hará con menos biases en la cintura, y por lo tanto más amplia. El borde se guarnecerá de volantes fruncidos, rulos ó *ruches*, más ó menos anchas.

Los sombreros de fieltro ó terciopelo serán grandes.

Á UNA NOVIA.—El raso, piel de seda y cisne son las tres clases de tejido que una novia elegante debe elegir para su traje de desposada, pues hace elegantísimo por su sencillez.

Nada hay más distinguido que el traje forma Princesa con larga cola; pero esta *toilette* debe confeccionarla una modista de fama.

El terciopelo *nuivoir*, no solamente se llevará en tejido liso, sino con dibujo. El ondulado estará muy en moda.

El guipur, sobre todo el de Irlanda, estará en boga, pues se anuncian nuevos dibujos en encajes un poco gruesos, para guarniciones de los trajes de invierno.

Á D.<sup>a</sup> RITA L. Y S.—La ropa blanca de las jovencitas debe ser muy sencilla, y los festones son el adorno preferido. Se hacen éstos muy bonitos y variados.

También estarán admitidos los calados, pero en dibujos muy sencillos.

Los delanteros de té son de batista de color, bordada con canafes y adornada con bonitos lazos. Casi todos son de tejido á rayas y con tirantes.

ADELA P.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 38.

Solo correspondé á las Señas. Suscriptoras de la 1.<sup>a</sup> edición de lujo.

1. *Traje Imperio para ceremonia.*—Vestido Princesa, de seda color de rosa, y vestido de encaje negro por encima; este último con canesú de azabache en la espalda y en el delantero. Manteleta de terciopelo verde con esclavina de encaje.

2. *Traje de paseo.*—Vestido de lana color de tabaco, con listas de felpa encarnada. Falda corta, adornada con una tira de piel y lazos de cinta en su borde inferior. Cinturas de cinta y cuerpo redondo. Manga de terciopelo. Paletó ajustado en la espalda, con solapas y cuello de terciopelo.

3. *Traje de paseo para niñas de 7 á 9 años.*—Se hace este traje de felpa azul marino. Tiene la forma de una blusa escotada sobre un canesú de seda azul pálido. Adornos de piel y cinta azul pálido.

4. *Traje de visita.*—Es de un tejido de seda que llaman «piel de abeja», azul pálido y verde. Falda redonda, un poco recogida, con correas de piel. Cinturón y tirantes de piel. Canesú y mangas de paño color crema bordado de oro y plata.

5. *Traje de calle.*—Vestido de paño color de alefi. Falda Imperio, adornada con un cordoneillo en las costuras. Casaca ajustada y abierta sobre un chaleco de paño blanco bordado. Chorrera de crespón bordado. Solapas y mangas de paño color crema.

6. *Manteleta.*—Se hace esta manteleta de felpa negra. Es muy ancha, y va pliegada en la espalda y adornada con una pasamanería de azabache. Solapas anchas y cuello de seda aceituna bordada.

AGUA DEL CONGO PARA EL TOCADOR.

Esta deliciosa agua comunica á la piel una blancura ideal, conservándola su delicadeza, asegurándola su terso brillo, impregnándola del perfume penetrante de las plantas orientales en las que toman sus excelentes virtudes.

Victor Vaissier, inventor del Jabón del Congo. Depositario M. Bolta, 19 y 21, Príncipe, Madrid.

El vino doble digestivo de Chassaigne fué objeto en 1864 de informe favorableísimo en la Academia de Medicina de París, y desde aquella época se halla universalmente prescrito contra las digestiones difíciles, la dispepsia y enfermedades del estómago. Devuelve el apetito y repara las fuerzas, facilitando la asimilación de los alimentos. Desconfíese de las falsificaciones. París, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

**POLVOS OPHELIA** adherentes, invisibles, exquisito perfume. **Houbigant**, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré, 19.

Contra **Tos, Grippe (Influenza) Bronquitis**, el **JARABE** y la **Pasta de Nafe** sursumpra los **Pectorales** más eficaces. Todas Farmacias.

**ASMA**, **CATARRO** curados con **COGARRILLOESPIC** (Caja 2 fr.), por los **Dr. el POLVO**

**Polvos de arroz.** E. COUDRAY, 31, rue d'Engien, París.—Nueva creación y especialmente recomendada á la gente de buen tono, que aprecia de una manera particular la finura y suavidad de este delicioso perfume.

Medalla de oro, cruz de la Legión de Honor en la Exposición Universal de París de 1878.

**PIANOS FOCKÉ**, **MEDALLAS DE ORO.** Alquiler y venta. 83, Avenue Victor Hugo, 83, París.

**EAU d'HOUBIGANT** muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumeria Ninon, V<sup>o</sup> LECONTE ET C<sup>o</sup>, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

Perfumeria exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

ADVERTENCIAS.

Con el presente número recibirán las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo de LA MODA ELEGANTE, una linda pieza de música titulada *La Vueltta del campo* (polka), original del distinguido maestro Emilo Waldteufel.

Recomendamos á aquellas de nuestras Señoras Suscriptoras que cultivan el bello arte de la música, el almacén de D. Benito Zozaya (Carrera de San Jerónimo, núm. 94, Madrid), donde hallarán constantemente el más completo y variado surtido de música nacional y extranjera, así como pianos de las mejores fábricas.

SOLUCION AL JEROGLIFICO DEL NUM. 33.

La que se casa con calvo  
Tiene penitencia y media;  
De día cruz y calvario,  
Y de noche calavera.

La han presentado las Señas y Srías. D.<sup>a</sup> María Núñez de Almonte. —D.<sup>a</sup> Valeriana Ayuso. —D.<sup>a</sup> Trinidad Rodríguez de Saenz. —D.<sup>a</sup> Petra Yagüe. —D.<sup>a</sup> Inés González. —D.<sup>a</sup> Isabel Santos. —D.<sup>a</sup> Rita Jiménez de Balmaseda.

JEROGLIFICO



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PROXIMOS NUMEROS.

UN ERROR FATAL EN AMÉRICA!

En el periódico Cleveland, publicado en Ohio, en los Estados Unidos de América, he leído la relación de una operación quirúrgica, cuyos resultados fueron tan maravillosos...

La enfermedad del estómago, y ninguno de los diferentes sistemas de tratamiento á que apelaron varios médicos pudo aliviar sus terribles sufrimientos. La dolencia había principiado con un ligero desmoronamiento de los órganos de la digestión...

Madrid: Romero Vicente. Barcelona: Conde Puerto y C. SUEÑOS Y REALIDADES por DON RAMÓN DE NAVARRETE.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

PAPEL FAYARD Y BLAYN PARA CURAR IRRITACIONES del PECHO, RESFRÍOS, REUMATISMOS, DOLORS, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS, Taponos en los oídos, etc.

LA MODA DEL DIA Los Botones Iguales á las TELAS de las PRENDAS, adoran muy elegantes y del mejor gusto...

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

NINON DE LENCIOS

Reinse de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años...

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. 1.º; Aguirre y Molino, Periferia Oriental, Preciados, 1.º; perfumería de Urquiola, Mayor, 1.º; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

SOLUCION CUNAUD al Expectorado de los Niños. PRIMERA CASA EN MANGUITOS y piezas finas á precios sin ejemplo.

Kananga del Japon RIGAUD y C.ª. Perfum. Proveedores de la Real Casa de España. El Agua de Kananga es la loción más refrescante...

SUEÑOS Y REALIDADES por DON RAMÓN DE NAVARRETE. La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros El Marqués de Vallo-Alegre.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ. Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina. Recomendados por la Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLEIRA, TÍFUS, DISENTERIA, VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS: CATARROS Y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HUMEDAS de la PIEL.

PRODUCTO ABSOLUTAMENTE INOFENSIVO. Quita las pecas, paño de la cara, manchas y señales de viruelas, barros, arrugas.

MANZANOLINA. Hermosa, suaviza y conserva el cutis. No hay preparación como ella para, sin dañar la piel, limpiarla de toda mancha.

Table with 2 columns: Title and Price. Includes 'OBRAS POÉTICAS DE D. JOSÉ VELARDE' and 'CABELLOS'.

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris. POLVOS DE ARROZ. Magnolia - Coudray Superior - Opoponax - Velutina - Heliotropo Blanco - Lacteina.

IZOD'S. Córse privilegiado. El mejor cosmético que pueden traer las señoras para conservar su cutis limpio de manchas, pecas, granitos, erisipelas, herpes, etc.

IZOD'S. Córse privilegiado. El mejor de todos. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

MADRID. - Establecimiento tipográfico de Sucesores del Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.

Decis, Señora, que os faltan muchas cosas para que volváis á ser

JOVEN Y BELLA

Pues pedidlas á la Parfumerie Exotique, rue de 4 Septembre, 35, en Paris, y quedaréis satisfecha y encantada del resultado.

El Catálogo de la Parfumerie Exotique se remite, gratis y franco de porte, á quien le pida. Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal; con: Pascual, Arenal, 2; perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

EL SOL DE INVIERNO

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del Extracto capilar de los Benedictinos del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace botar con fortaleza y retarda su decoloración.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

GRAN FABRICA DE DULCES DE MATIAS LOPEZ. PREMIADA CON 8 MEDALLAS. ÚNICA EN ESPAÑA que obtiene DIPLOMA DE HONOR.

COLD-CREAM VIRGINAL A LA GLICERINA

El mejor cosmético que pueden traer las señoras para conservar su cutis limpio de manchas, pecas, granitos, erisipelas, herpes, etc.

IZOD'S. Córse privilegiado. El mejor de todos. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

Quita las pecas, paño de la cara, manchas y señales de viruelas, barros, arrugas.